

EL TRÁNSITO DE LA URSS A LA CEI

Por JOSÉ RUIZ BEFÁN

PREÁMBULO

Cuando se piensa en Rusia, como la consecuencia del derrumbe de la Unión Soviética, se acude de inmediato a recordar la precipitación de acontecimientos que, desde 1989, afectaron a ésta (caída del muro de Berlín, Gorbachov y su Perestroika, el surgir de Yeltsin, activación de los nacionalismos e independencia formal de casi todas sus repúblicas asociadas). La relación se hace verdaderamente abrumadora para quien estaba acostumbrado a convivir con la peligrosa, pero estable, situación resultante de la Segunda Guerra Mundial (SGM), que era algo conocido e, incluso, predecible. La “guerra fría” proporcionaba la pura simplicidad de la confrontación entre las dos superpotencias y sus alianzas. Se podían trazar con notable claridad las líneas de fuerza principales. El hoy era muy parecido al ayer y el año que viene se esperaba que fuera semejante a éste. Pero se rompieron todos los esquemas; lo imprevisible ocurrió y, a partir de ese momento, todo se produjo en cascada. Se asistió al fin del sistema bipolar. Apareció un nuevo orden mundial, menos peligroso pero más inestable. La “guerra fría”, siendo mucho más peligrosa, era de una “elegante” sencillez.

Este capítulo tiene por finalidad poner en antecedentes al lector de cómo, partiendo de una situación de relativa estabilidad (con todas las reticencias que se quiera atribuir al término “estable”), se ha pasado a la actual: por un lado, Rusia como una Federación y, por otro, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), abarcando entre ambas todo, o casi todo, lo que

antes constituía la URSS. Como recordatorio y guía para el resto del trabajo se intenta describir someramente esta transición. Comparando la situación precedente con la actual se podrán analizar los resultados del desenlace, lo que permitirá situarse en disposición de vislumbrar potenciales focos de riesgo que se pueden oponer a la conclusión satisfactoria del proceso que, aunque con enormes dificultades, sigue su camino. Por tanto, se va a empezar recordando cómo se ha producido el tránsito de la URSS de los 80 a la Rusia de los 90. Con este objetivo se va a estructurar el capítulo según los factores que son habituales en cualquier estudio estratégico: histórico-geográfico, político, económico, militar y psicosocial (en este último se englobará lo cultural, étnico, religioso, social, etc.).

FACTOR HISTÓRICO-GEOGRÁFICO

Atrapada entre Europa y Asia, Rusia siempre ha estado en el dilema de si sumarse a una Europa tradicionalmente más adelantada (pero configurada sin ella, y donde resultaba difícil encontrar un lugar digno de su entidad geográfica, demográfica y política) o seguir su propio camino como potencia-puente entre Europa y Asia. La tendencia prooccidental implicaba el esfuerzo de alcanzar el nivel económico de estos países, que casi siempre desembocó en la implantación de formas políticas totalitarias. La segunda postura configuró el acentuado particularismo ruso y dirigió las energías del país a la expansión hacia el Este, a la vez que se imbuía de un cierto "mesianismo", traducido, en la práctica, en intervencionismo. Hoy vuelve Rusia a estar en parecido dilema.

Los condicionantes geográficos más significativos de Rusia son: la ausencia de fronteras naturales claramente definidas, la carencia de salidas al mar y la inmensa magnitud de su espacio geográfico. El primero propició la entrada de todo tipo de invasiones; le impedía protegerse adecuadamente de sus potenciales agresores (Alemania fundamentalmente, pero también China, Japón y el Imperio Otomano; y el Bloque Occidental después de la SGM). Todo ello explica la tendencia de este pueblo a trasladar sus fronteras siempre algo "más allá", es decir, su propensión al imperialismo. La carencia de salidas al mar impidió establecer una adecuada red de comunicaciones que agilizará el impresionante comercio que un espacio geográfico como el ruso genera. Finalmente, esta inmensidad geográfica plantea problemas, a veces insolubles, de control y uniformidad de las políticas defensivas, que han ido creando en el pueblo ruso un sen-

timiento de inseguridad que ha condicionado gran parte de su actuación geoestratégica; lo que hace que los rusos sean un pueblo, a la vez, receloso y sumiso.

Al comienzo del siglo XIX, Rusia era una gran potencia europea, reforzada por el importante papel desempeñado en la derrota de Napoleón. Sin embargo, con la industrialización avanzando por Europa, Rusia siguió siendo una nación agrícola, de corte casi feudal, con un sistema de gobierno autocrático reflejado en una monarquía absoluta que, pese a los intentos de reforma de algunos de sus zares y gobernantes (en la segunda mitad del siglo XIX, el zar Alejandro II abolió la servidumbre y repartió la tierra entre los campesinos), y a pesar de ciertas concesiones sociales e institucionales (como la creación del Parlamento o *Duma*), dificultaba su avance en lo económico y su transformación en lo político (el logro de una monarquía constitucional).

El influjo occidental y, fundamentalmente, las ideas socialistas, originaron una clase política opuesta a los zares. El Partido Laborista Democrático y Social ruso, en el que militaba Lenin, recogió las ideas de Marx y Engels. Trabajadores y soldados fundaron consejos locales de trabajadores ("soviets"), manifestando la fuerza creciente del movimiento obrero. Ya en 1903, los radicales se dividieron en "bolcheviques" y "mencheviques", pidiendo los primeros el derrocamiento del zar y la imposición de un sistema fuertemente centralizado. La situación se agravó con el final de la guerra ruso-japonesa y la consiguiente debacle económica. La Primera Guerra Mundial (PGM) agudizó la crisis y supuso la desaparición definitiva de Rusia como gran potencia (como sucedió a Austria, Alemania y Hungría). La economía se hundió y se produjo un caos social, lo que junto al peso de la historia originó, en 1917, dos revoluciones.

La primera revolución derrocó al zar y repartió el poder entre los "soviets". En el año 1917, se proclamó la Federación Rusa o República Socialista Federativa Soviética Rusa, se fundó el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la capital se trasladó a Moscú. La segunda, origen de una guerra civil (1918-1920), condujo al comunismo real. Con el derrocamiento del zar, y ante la incapacidad del gobierno provisional para solucionar el problema de la tierra, la facción bolchevique, dirigida por Lenin y Trotski, consiguió el apoyo de soldados y trabajadores (en un país poco industrializado la unión entre obreros y campesinos fue algo inevitable). Aunque parezca paradójico, Lenin fue un occidentalista, como occidental era el partido que dirigía; buscaba una reforma modernizadora del

imperio. En el orden administrativo se fueron formando territorios autónomos y repúblicas, aunque no por acuerdo de los líderes locales, lo que a la postre hizo que esa política autonómica se mostrara perjudicial. En 1922, Rusia se unió a otras 14 repúblicas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

El espacio abarcado por la URSS, de 22.402.200 kilómetros cuadrados (2.5 veces la superficie de EE.UU. y 44 la de España), estaba dividido en 15 repúblicas federadas (incluidas las bálticas), 20 repúblicas autónomas, 8 regiones o provincias autónomas y 129 provincias. En este área habitaban 300 millones de seres. Desde el punto de vista geoestratégico, la URSS se componía de 4 entidades bien diferenciadas: Europa Oriental, Siberia, Región Caucásica y Asia Central.

A la muerte de Lenin se produce una lucha feroz por el poder. Stalin, Secretario General del Partido Comunista, fue eliminando rivales, deshaciéndose de miembros de la vieja guardia y del ejército y purgando masivamente a la oposición. Su figura supone la reaparición del autócrata, tan frecuente en la historia y tradición rusa. Creó una elite institucionalizada de privilegiados que convirtió a la URSS en una oligarquía donde los dirigentes del Partido gozaban de toda clase de derechos y privilegios, vedados a otros estamentos y, por supuesto, al pueblo.

Al finalizar la SGM, Stalin trató de dar solución definitiva al problema de la seguridad nacional. Para ello, se preocupó de obtener ganancias territoriales que le permitieran satisfacer la tradicional obsesión por expandir sus fronteras; así, recuperó todo lo perdido en la Primera Gran Guerra y se anexionó parte de Prusia, Finlandia y las Repúblicas Bálticas. Finalmente, se dotó de un "glacis" o espacio-tampón intermedio para proteger a la Unión de sus potenciales agresores. Esto último lo materializó asegurándose una serie de zonas de influencia exclusiva, la más importante de las cuales (para contrarrestar la amenaza de Alemania y Occidente) estaba respaldada, en lo militar, por una organización como el Pacto de Varsovia (PAV) y, en lo económico, por el Consejo de Ayuda Mutua Económica (COMECON o CAME), que fue la respuesta al Mercado Común Europeo; en la Europa tras el "telón de acero" todo, a partir de entonces, transcurrió en orden a los dictados soviéticos, tanto en el orden político como en el económico e ideológico (recuérdense los efectos de intentar cambiar el orden establecido: Berlín (1953), Budapest (1956), Praga (1968), Afganistán, etc.). Una solución similar fue adoptada para contrarrestar el peligro que suponían China, por un lado, y los países árabes, por otro. Una serie

de repúblicas, localizadas en Asia Central (el “bajo vientre” de Rusia) y el Caúcaso, sirvieron de muralla defensiva frente a Irán, Turquía, Afganistán y Pakistán. Estas actuaciones fueron la base de lo que a partir de entonces sería una constante de la política rusa hasta Gorbachov: la obsesión expansionista, tanto ideológica como territorial.

El problema de la falta de salidas al mar, otra gran carencia rusa, fue solventado, de forma parecida, en cuanto la ocasión fue propicia. Fue la razón para la anexión de las Repúblicas Bálticas (consiguiendo acceder al Mar Báltico), la Península de Crimea (para salir al Mar Negro), las Islas Kuriles (hacia el Pacífico) y el resto de la zona de influencia de Extremo Oriente. La disolución de la URSS supuso la pérdida de más de la mitad de sus 37 puertas de salida al mar en la parte europea.

Después de Stalin, Kruschev instala la *coexistencia pacífica* en política exterior, trasladando al terreno político-económico el enfrentamiento militar. Más tarde, Breznev trata de conseguir la paridad estratégica, conduciendo a un rearme de proporciones gigantescas que provoca la reacción de Occidente. La ideología comunista, unida al particularismo ruso, generan otra vez la mística mesiánica, que los hace *mensajeros de una nueva y gran idea*. Fruto de ello es: en el orden interno, el intento de extirpar la autonomía organizativa y cultural de la sociedad civil, donde los movimientos sociales fueron obligados a desaparecer (quedando sólo resistencias simbólicas); en el externo, su agresiva política ideológica en el Tercer Mundo, tratando de erigirse en gendarmes del mismo, a lo que vocacionalmente su falta de seguridad les conducía.

En 1985, el nombramiento de Gorbachov, como Secretario General del PCUS, marca el inicio de un cambio radical en la política exterior y de seguridad de la URSS. La idea de que la Unión Soviética podía ser tan fuerte como cualquier coalición se tornó absolutamente inviable y, según Gorbachov, incluso contraria a los intereses nacionales. Los acontecimientos se precipitaron a partir de 1989, año en el que la crisis económica y social, producto de la aplicación de las reformas del Presidente (la *Perestroika* no fue más que el intento de evitar la quiebra económica hacia la que se encaminaba la URSS, tratando de instaurar un *comunismo amable* con el que poder cohabitar), se hace insostenible, al no ser capaz el sistema, demasiado rígido, de competir con la flexibilidad de las fuerzas económicas de Occidente. Cae el muro de Berlín, se produce el golpe de estado, el prestigio de Yeltsin aumenta en detrimento del de Gorbachov..., es el comienzo del fin de la “todopoderosa” Unión Soviética. Se hizo realidad la

profecía del pensador liberal Aleksandr Gerzen en el siglo pasado: “cuando el socialismo se haya desarrollado hasta el absurdo, surgirá un grito de negación en una minoría, el socialismo tomará el puesto de los conservadores y será vencido por una revolución futura”. El resto, hasta hoy, es la historia de la lucha por mejorar la situación económica y, así, afrontar con garantía de éxito el resto de problemas. Son una serie de acontecimientos para los que Rusia todavía no ha tenido capacidad de respuesta. Parece que Rusia vuelve a encontrarse en una situación en la que teme por su seguridad, vacilante entre, al menos, dos modelos político-estratégicos (prooccidentalismo y proasiatismo) y con el fantasma de una tradición expansionista, imperialista, autocrática y totalitaria.

FACTOR POLÍTICO

Se va a describir el tránsito político de la URSS a la Rusia de hoy y la CEI partiendo de la revolución de los “soviets” de 1917. Después de la etapa leninista, Stalin es el origen del nacionalismo ruso. En efecto, a pesar de conceder a otras naciones y repúblicas de la URSS determinados derechos culturales, lingüísticos y administrativos, Rusia mantiene una posición dominante. El régimen comunista (fuertemente centralizado), la policía secreta soviética, la censura y la política de inmersión rusa (fenómeno artificial al que se le ha denominado “rusificación”) eran muy semejantes a los de antes de la revolución. Moscú se aseguró la lealtad de las partes no rusas del imperio soviético mediante el nombramiento directo de los segundos secretarios de los partidos comunistas de las repúblicas. Fue tan fuerte la identificación de la URSS con Rusia que, hasta 1990, el Partido Comunista central no tuvo una organización separada de la propia Federación Rusa.

Hasta que Mijail Gorbachov introdujo la perestroika y la glasnost (cuyas equivalencias en castellano: *reforma* y *transparencia*, encierran todo el sentido político que en realidad tuvieron para la ruptura con el comunismo), la URSS era un sistema monolítico y dictatorial, donde el Partido Comunista ejercía un control absoluto. Partiendo de los postulados de Gorbachov: *nuevo pensamiento político, suficiencia defensiva razonable en materia militar y casa común europea*, reclamando respeto a la libre elección del sistema político y bajo la convicción de que la guerra había perdido su función política, comenzó la descomposición definitiva de la Unión Soviética. Gorbachov intentaba sacar al país del estancamiento económico en que había caído, pues cabía el peligro de que la URSS fuese

sobrepasada en este campo incluso por China. El fracaso en lo económico indujo a este político, y a un grupo de dirigentes del PCUS, a intentar salvar el sistema mediante el cambio profundo de una serie de mecanismos; los aspectos más llamativos fueron: descentralización de la economía, modernización tecnológica y desarme a gran escala. Gorbachov comprendió que la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) americana no tenía respuesta económica viable por parte rusa.

A pesar de que durante el período soviético hubo cierta violencia étnica, las naciones raramente manifestaron públicamente su descontento. Sin embargo, aspectos como la supresión de las nacionalidades no rusas, las migraciones forzosas o el establecimiento del ruso como única lengua oficial, fueron creando en el pueblo no eslavo un fuerte resentimiento que afloró más tarde. Fue suficiente que se liberalizara ligeramente el régimen y se debilitara el terror a la represión política que el PCUS venía ejerciendo para que los habitantes de las repúblicas de la URSS pudieran, por primera vez, manifestar sus sentimientos acerca de su identidad. La primera demanda de los movimientos nacionalistas fue restablecer las lenguas autóctonas como lenguas oficiales. A partir de ese momento, las repúblicas, en un principio las bálticas, Armenia y Georgia, y después todas las demás, empezaron a luchar, en una u otra forma, no sólo contra el poder soviético sino también contra el de la misma Rusia. Toda la tensión sentimental acumulada durante los últimos 40 años se precipitó sobre el centro imperial. Así, nacieron estados como Ucrania, Bielorrusia o Moldavia, países que carecían de pasado histórico como naciones soberanas e independientes (Ucrania, desde que fue incorporada al imperio ruso, en 1954, sólo tuvo tres breves períodos de independencia). Pues bien, el nacionalismo es el factor que, en realidad, aglutina el conjunto de la oposición política y social al comunismo.

En 1989 cayó el muro de Berlín y, en 1990, Rusia se apuntó al movimiento nacionalista, cuando la crisis económica se hizo insostenible y cuando la democratización de la sociedad, de la vida política y de los medios de comunicación fue inevitable. Se eligió un nuevo Parlamento, que renovó el Soviet Supremo, cuando ambas instituciones eran presididas por Boris Yeltsin. Gorbachov, enfrentado a las 15 repúblicas, intentó, sin resultado, negociar un nuevo Tratado de la Unión para preservar a la URSS.

El año 1991 es el del colapso final de la Unión Soviética. Los acontecimientos se desarrollan a velocidad de vértigo. Yeltsin es, a comienzos de

año, el Presidente del Soviet Supremo de la República Federal Socialista Soviética Rusa (RFSSR). El 25 de febrero, se acuerda la disolución del PAV. En marzo, Yeltsin adopta una postura claramente beligerante ante Mijail Gorbachov, presidente de la URSS, al anular un decreto dictado por éste con el que trataba de poner a la policía de Moscú bajo las órdenes del Ministerio del Interior. En las elecciones presidenciales de junio en la RFSSR, Yeltsin logra el 57% de los votos (con un 75% de participación), lo que legitima sus actuaciones dentro de Rusia. El 4 de agosto, Gorbachov inicia sus vacaciones de verano en Crimea. El 16, un diputado advierte que reaccionarios del PCUS proyectan un golpe de estado de corte estalinista, y tres días más tarde radio Moscú anuncia que: "a causa de su mal estado de salud el presidente de la URSS no puede ejercer sus funciones, que son asumidas por el vicepresidente" (en realidad el golpe de estado estuvo encabezado por los ministros de defensa e interior y el director del KGB).

Entonces surge con fuerza la figura del presidente ruso Boris Yeltsin que pide y obtiene el apoyo del ejército. Éste, dividido políticamente por graduaciones, edades, religiones y grupos étnicos, no secunda el levantamiento comunista; en torno a él se articulan la democracia, el nacionalismo y el movimiento crítico. Yeltsin convoca una huelga general y declara ilegal al Comité Ejecutivo de Emergencia que preside el vicepresidente Yanayev, acusando a sus miembros de alta traición; se hace cargo de todas las unidades de fuerza dentro del territorio de la RFSSR y da un ultimátum al Presidente del Soviet Supremo; se producen grandes manifestaciones públicas y enfrentamientos entre manifestantes y tropas. El PCUS se proclama contrario al golpe y el presidente del Soviet Supremo declara ilegal la toma del poder. Gorbachov regresa a Moscú, reafirma, ante el Soviet Supremo, la opción socialista y son detenidos los integrantes del Comité de Emergencia. Ese mismo día la bandera tricolor es izada en el Kremlin junto a la soviética y se clausura el edificio del PCUS.

El día 24 de agosto, Ucrania proclama su independencia; y, al día siguiente, lo hace Bielorrusia; son el inicio de un rosario de decisiones similares que en un año hacen independientes a casi todas las repúblicas de la URSS. El día 26 de agosto, se suspende toda la actividad del PCUS dentro de la Unión Soviética. El 6 de septiembre, el Consejo de Estado reconoce la independencia de los estados bálticos; el 17, la Asamblea General de la ONU hace lo propio.

La URSS y las repúblicas celebran reuniones para tratar el tema de las reformas en las Fuerzas Armadas (FAS); siete de las repúblicas abogan

por un ejército único (Ucrania no asiste); en cambio, el acuerdo es total en lo que se refiere al armamento nuclear, que se decide siga controlado por Moscú. El día 11, se conoce el desastre de Chernobil. El 1 de noviembre, el Congreso de los Diputados de la RFSSR dio poderes a Yeltsin para llevar a cabo la pretendida reforma económica y Rusia decide dejar de financiar a la mayoría de los ministerios, plan que es criticado por Gorbachov. Yeltsin se autoproclama primer ministro del gobierno ruso y nombra a Gaidar director de la sección económica del mismo.

El día 8, Yeltsin declara el estado de emergencia en la secesionista Chechenia ante el agravamiento de la situación. El 12, Gorbachov amenaza con dimitir si no se acepta el nuevo Tratado de la Unión (Ucrania reitera su postura en contra). El día 26, Yeltsin promulga un decreto por el que transforma el KGB en la Agencia de Seguridad Nacional (AFB). El 5 de diciembre, Yeltsin reconoce la independencia de Ucrania. El 8 de ese mes, en Brest, en las afueras de Minks, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia acuerdan establecer la Comunidad de Estados Independientes (CEI), declarando estar abierta al resto de repúblicas de la URSS. De hecho, esta decisión supone el fin de la URSS. Los días 10 y 11 de diciembre, Gorbachov se reúne con oficiales superiores del Ministerio de Defensa, donde es recibido de forma muy fría. Yeltsin, ese mismo día, se entrevista con el mismo grupo y consigue el respaldo necesario para sus reformas (bien es verdad que les promete aumentos de sueldo y otras prebendas). El día 12, los presidentes de las cinco repúblicas de Asia Central manifiestan su disposición a adherirse a la CEI como estados cofundadores. El 17, Yeltsin y Gorbachov acuerdan que la URSS dejará de existir el día primero del año siguiente. El 21 de diciembre, los líderes de 8 de las repúblicas ex-soviéticas acuerdan unirse también a la recién creada CEI; se reconocen las independencias proclamadas y el respeto a las fronteras actuales (la única que falta es Georgia), así como el derecho de Rusia a ocupar el lugar de la URSS en el Consejo de Seguridad de la ONU. Gorbachov se ve forzado a aprobar todas las medidas tomadas por Yeltsin a golpe de decreto, entre ellas la prohibición de las actividades del Partido Comunista y, el día 25, firma un decreto por el que renuncia a sus poderes en beneficio de Boris Yeltsin. Ese día, es arriada la bandera roja del edificio del Kremlin.

A continuación, Estados Unidos reconoce a todas las Repúblicas recientemente independizadas. El día 26, el Soviet Supremo de la RFSSR vota el cambio de denominación oficial por el de Federación Rusa o Rusia. El 27, la mayoría de los miembros de la CEI rechaza la pretensión de crear

un ejército unificado; determinadas repúblicas expresan su intención de dotarse de ejércitos exclusivamente nacionales. Y por fin, el día 1 de enero de 1992, desaparece oficialmente la URSS, lo que suponía la aparición de una nueva nación: Rusia, con una población de 150 millones, en vez de los casi 300 de aquella; a pesar de seguir siendo el territorio más extenso del Planeta, la superficie de Rusia tenía 5 millones de kilómetros cuadrados menos que la URSS. Lo que en 1991 empezó siendo un golpe de estado de tinte conservador, para preservar la URSS, acabó definitivamente con su existencia.

El año 1992 es el primero de la historia de la Rusia post-soviética. Yeltsin se traza las metas de convertir el país en una auténtica democracia, abandonar la economía de planificación comunista y desarrollar una economía de libre mercado. Para probar su aptitud y legitimidad para el cambio trata de avanzar muy deprisa por el camino de las reformas económicas. El gobierno ruso, dirigido por el economista Yegor Gaidar, artífice de los cambios, contó en un principio con gran apoyo político, pero una liberalización como la proyectada no se alcanza de la noche a la mañana. Cuando las dificultades comienzan, grupos de opositores a Yeltsin, que controlan la mayoría en el Parlamento, obligan a éste a moderar su política de reformas; abandona algunas de las medidas de austeridad programadas, destituye a Gaidar (a quien el Parlamento había retirado su apoyo) y reorganiza su gobierno. El nuevo primer ministro es Viktor Chernomyrdin. Estos sucesos son el preludio de las tensiones entre el Congreso y el Presidente que todavía hoy continúan en la lucha por consolidar a Rusia y configurar la CEI. Este año se firma un Tratado de Seguridad Colectiva (Tratado de Tashkent), en base al cual Rusia intenta crear el brazo armado de la CEI, a lo que se oponen varias repúblicas, pues sólo firman el Tratado 6 de ellas (las caucásicas y las asiáticas).

Durante 1993, Yeltsin mantiene su programa de reformas casi inalterable, al no poder el Congreso privar a Yeltsin de los poderes presidenciales que le impidan introducir reformas por decreto. La dura lucha política la sostiene Yeltsin con Ruslan Jasbulatov, presidente del Soviet Supremo, y Aleksandr Rustkoy, vicepresidente ruso, al que Yeltsin, ante la situación, priva de todos sus cargos. Después de la victoria en el referéndum sobre la cuestión de la reforma constitucional, se plantea el tema del sistema político a adoptar, es decir: si Rusia debe convertirse en una república presidencialista o parlamentaria. La antigua Constitución es la soviética, a la que se le habían introducido innumerables enmiendas para anular la herencia comunista. Era necesaria una nueva Constitución; la propuesta

por Yeltsin recibe escasos apoyos. Nombra entonces una Asamblea Constituyente, lo que supone nuevos enfrentamientos con los diputados que creen que la potestad le corresponde a ellos. Entonces se produce el anuncio de destitución del Presidente por parte del Parlamento, lo que le fuerza a provocar una crisis, disolviendo las cámaras y convocando elecciones legislativas y un referéndum. El Soviet Supremo reacciona convocando una sesión de emergencia del Congreso de los Diputados que se encierran en el Parlamento. Pese a los intentos de mediación de la Iglesia y la Corte Constitucional, se produce un enfrentamiento armado en el que interviene el ejército en apoyo del Presidente. Las tropas del Gobierno bombardean la Casa Blanca, se reduce la resistencia y los líderes de la rebelión son encarcelados (hay más de 100 muertos). Transcurre octubre de 1993. El 12 de diciembre, se celebra el referéndum en el que es aprobada la nueva Constitución y el Presidente obtiene el respaldo que legitima los cambios; a la vez tienen lugar elecciones legislativas, en las que vencen los ultra nacionalistas de Zhirinovsky.

En 1994, un nuevo Gobierno más moderado, presidido por Chernomyrdin, intenta dar un cambio de orientación en la política económica. En un intento de conciliación con el Parlamento, Yeltsin ofrece un pacto a todas las fuerzas políticas para garantizar la paz civil en Rusia. El 28 de abril, se firma el Tratado de la Concordia Social, por el que se le concede al Presidente una tregua política de dos años, hasta las elecciones generales de 1996. Sin embargo, en octubre surge una nueva crisis política en el Gobierno ruso, esta vez motivada por la fuerte caída del rublo, que en menos de un mes pierde el 50% de su valor. Por si fuera poco, la crisis de Chechenia, latente desde la descomposición de la URSS, se recrudece. La oposición al líder secesionista pide la ayuda de Moscú y Yeltsin decide intervenir en esta república. El conflicto de Chechenia se convierte en una tragedia nacional.

A primeros de 1995, se celebra una cumbre de la CEI en Alma Ata (capital de Kazajstán), en la que quedan de manifiesto las diferentes voluntades de integración y el interés de Rusia por la seguridad de las fronteras exteriores de la Comunidad, a fin de salvaguardar las propias; no llegan a acuerdos al respecto, por lo que Rusia tiene que acudir a firmar tratados bilaterales. El conflicto de Chechenia, entre tanto, sigue su curso y, este año, son aceptados en el mismo observadores de la OSCE; pero las crisis, en los terrenos bélico y político, son continuas, destacando el atentado contra el comandante en jefe de las fuerzas rusas en la república. El 17 de diciembre, se celebran elecciones generales en Rusia en las que triunfan los comunistas de Ziugánov y los nacionalistas de Zhirinovsky.

A primeros de 1996, se producen cambios en el Gobierno motivados por la presión institucional y la opinión pública. En febrero, el Ministro de Asuntos Exteriores es obligado a dimitir por su tendencia claramente pro-occidental, lo que ilustra acerca de cuál era la tendencia política en ese momento. Rusia ingresa este año en el Consejo de Europa, en tanto que los chechenos lanzan una nueva ofensiva. Los rusos consiguen controlar de nuevo la situación. Los comunistas sacan adelante en la *Duma* una resolución que anula los acuerdos de 1991 que supusieron la desaparición de la URSS y la creación de la CEI, con lo que los problemas con el Parlamento vuelven a agudizarse. La respuesta fue la firma de un tratado de integración con tres de las repúblicas ex-soviéticas (Bielorrusia, Kirguizistán y Kazajstán), con fines fundamentalmente económicos y de seguridad. El 31 de marzo, Yeltsin presenta un plan de paz para Chechenia, dispuesto a negociar con los rebeldes; ordena un alto el fuego y se compromete a un repliegue gradual del ejército. Pero, tras la muerte del líder checheno, su sucesor rompe estas conversaciones. El 2 de abril, Rusia y Bielorrusia firman un tratado por el que fundan la Comunidad de Repúblicas Soberanas (CRS) para el logro de una política exterior conjunta, estrecha colaboración en materia de seguridad, protección de fronteras y lucha contra la delincuencia. Un decreto del Jefe del Estado vuelve a recuperar la bandera roja como emblema nacional de Rusia, otorgándole el mismo estatuto oficial que a la bandera tricolor. Rusia ofrece a Chechenia la máxima autonomía, reanuda el diálogo de paz y se compromete a una retirada de las tropas federales a cambio de que Chechenia desarme a la guerrilla.

Entre junio y julio, se celebran elecciones presidenciales que suponen un hito importante en el desarrollo democrático de Rusia y, aunque Yeltsin es elegido presidente con el 53% de los votos (con lo que el pueblo ruso ratifica de nuevo la continuación de las reformas), el 40% de los electores se decanta por el candidato de la oposición comunista, Gennadi Ziuganov. El Presidente llama entonces a la reconciliación; remodela el Gobierno y nombra al general Alexandr Lébed (su rival en las elecciones) Secretario del Consejo de Seguridad Nacional y asesor presidencial, dándole plenos poderes para poner fin a la guerra con Chechenia. Su plan de paz, de hecho, acaba con el conflicto, aunque "intrigas de palacio", aprovechando algunas de las enfermedades de Yeltsin, hacen que el Presidente le destituya de todos sus cargos. En octubre, convaleciente de una operación de corazón, ordena la retirada de las tropas federales que quedaban en la república secesionista de Chechenia.

En 1997, casi se produce una paralización del Gobierno. Las convalecencias del Yeltsin, consecuencia de sus crisis cardíacas, le impiden atender regularmente su labor política y suponen un vacío de poder que suscita duras protestas. Los chechenos celebran elecciones presidenciales en enero y mantienen su postura inflexible acerca del estatuto de independencia. Entretanto, en Rusia, Yeltsin se pronuncia sobre una nueva reforma de la Constitución, esta vez pactada con el Congreso. De nuevo se produce una remodelación del Gobierno y es nombrado viceprimer ministro Anatoli Chubais (padre de las privatizaciones masivas de 1992). En abril, se produce un hecho significativo: la visita a Moscú del presidente de China, que firma con Yeltsin una declaración conjunta acerca de la conveniencia de abogar por un mundo multipolar y critican los intentos de Estados Unidos por lograr la hegemonía mundial. En mayo, un acuerdo zanja el contencioso que Rusia mantenía con Ucrania, desde la desaparición de la URSS, acerca de la titularidad de la flota soviética del Mar Negro; en compensación a las concesiones rusas, Ucrania alquila a Moscú la base naval de Sebastopol (uno de los mejores puertos de guerra del mundo). En octubre, la *Duma* aplaza un voto de censura al Gobierno; ese mismo mes, como colofón, la *Duma* obliga a Yeltsin a destituir a Anatoli Chubais. Este año, se pone fin a la disputa sobre límites fronterizos con China.

En 1998, se hace más profundo el nivel de disenso entre la clase política. Los comunistas, en base a una dudosa defensa de determinados sectores sociales, bloquean, sistemáticamente, el programa de saneamiento económico diseñado por el primer ministro Serguei Kiriyenko. Se trata del primer programa serio, desde 1992, para acometer las reformas estructurales básicas que hagan funcionar la economía de mercado. En el mes de agosto, los problemas de Rusia se entrelazan con las crisis económicas en el Sudeste Asiático y Japón; aparece el fantasma de la devaluación del rublo y la bolsa se desploma. Yeltsin, en un primer momento, sale en defensa de su primer ministro y pide a la *Duma* que apruebe el paquete de medidas de emergencia exigidas por el FMI. Pero la sorpresa salta cuando Yeltsin destituye a Kiriyenko sin previo aviso, aquél que tanto trabajo le había costado que la *Duma* aceptara. Pero el asombro es aún mayor cuando anuncia para sucederle a su antecesor en el cargo, Viktor Chornomyrdin, al que sólo hacía 5 meses que había cesado por "la falta de dinamismo para impulsar las reformas". La maniobra no es más que el intento de apaciguar al Parlamento (en el horizonte se dibujan las elecciones legislativas y presidenciales en los dos años siguientes). La *Duma*,

entonces, manifiesta sus exigencias: supresión de las reformas económicas, formación de un gobierno de coalición (de unidad nacional), en el que entren miembros de los partidos con representación parlamentaria, y la concesión de poderes extraordinarios. El nuevo jefe del ejecutivo declara su intención de dar marcha atrás en las reformas de su antecesor; de esta forma, contenta a los diputados de la *Duma*. Ningún analista pudo prever un giro de este tipo, y menos aún el hecho de que el Presidente pudiera “tirar la toalla” y conceder a los diputados un poder de control de la política tan importante. Finalmente, se produce una reunión cuatripartita: Presidencia, Gobierno y las dos Cámaras del Parlamento, en la que se acuerda que el Presidente no pueda proponer por segunda vez a un candidato para el cargo de primer ministro, una mayor autonomía del gabinete respecto a la presidencia y reforzar la capacidad de control del Parlamento al gobierno; hay también un principio de acuerdo para acometer la reforma de la Constitución. Todas estas concesiones de Yeltsin (que dan a los diputados un poder de control tan importante), impensables hace unos meses, viene a ser la venganza de los diputados por el bombardeo de la Casa Blanca en 1993. A pesar de estos compromisos, hasta finales de año son continuos los tira y afloja para la aceptación plena del acuerdo, en los que la “moneda de cambio” es la ratificación de Chernomyrdin como primer ministro por parte de la *Duma*; las declaraciones de los diputados y de Yeltsin, tanto declarándose fieles cumplidores de lo pactado como desligados de lo allí acordado, se suceden. A la postre, el pacto de no agresión, al que se le preveía una vida de año y medio, se viene abajo, resistiéndose el Presidente, una vez más, a pasar a la trastienda. La *Duma* reacciona y el 1 de septiembre rechaza, por segunda vez, la preceptiva ratificación de Chernomyrdin como primer ministro, exigiendo el nombramiento de otro candidato. Yeltsin, cansado física, mental y políticamente, acepta la derrota y con la intención de evitar la disolución del Parlamento busca un sustituto.

Lo encuentra en su Ministro de Asuntos exteriores, Yergueni Primakov, que a la vez es el candidato de los liberales y entra en una lista de cinco nombres propuestos por los comunistas. Hombre sin ambiciones políticas, es aceptado unánimemente por la *Duma*; aunque promete un gobierno “ni rojo, ni rosa, ni marrón, ni negro”, su primera factura es la aceptación, como número dos del gabinete, del comunista Yuri Masliukov. El nuevo primer ministro es bien visto por personajes como Gorbachov, Lébed y Luzhkov (alcalde de Moscú), y con el consenso se consigue lo que en esos momentos Rusia más necesita: un gobierno estable. Esta vez sí parece

que, definitivamente, Yeltsin comienza a ceder poderes, tanto a Primakov (que acude a la cumbre Rusia-UE en Viena) como a la *Duma*. Además, en noviembre se produce un hecho que se antoja trascendental: el Tribunal Constitucional ruso excluye la posibilidad de que el Presidente se pueda presentar a un tercer mandato en las elecciones del 2000, lo que supone el final de la era Yeltsin. Era algo que Rusia necesitaba y que el propio Presidente ha aceptado, manifestando estar satisfecho con la decisión. El futuro ha de decir el resto, pero el problema de Rusia no es de pura economía, sino de estado de derecho y de falta de instituciones básicas. Son imprescindibles una serie de reformas estructurales y un cambio de sistema, como sucedió en Polonia, Hungría o Estonia.

Del repaso cronológico del factor político realizado en este capítulo se podría deducir lo siguiente:

- La vigente constitución rusa, resultado de un plebiscito celebrado en 1993, es su actual base política. Define a la Federación Rusa como una república democrática, federal y multiétnica, integrada por los tres poderes clásicos. El presidente, elegido por sufragio universal, con amplios poderes ejecutivos, es el Jefe del Estado y Comandante en Jefe de las FAS. El poder legislativo reside en la Asamblea Federal, compuesta de: cámara alta, o Consejo de la Federación (Senado), y cámara baja, o *Duma* del Estado. Al primer ministro lo propone el Presidente, pero necesita ser ratificado por la *Duma*, causa principal de los conflictos entre el ejecutivo y el legislativo.
- Es evidente que Rusia hoy es una democracia presidencialista no consolidada (falta, incluso, una ley electoral), con un sistema de gobierno autoritario. Existe una profunda división del electorado y las fuerzas políticas más importantes no proporcionan estabilidad. El partido ultranacionalista de Zirinovsky aboga por la restauración de un sistema similar al Imperio Ruso; el comunista de Zyuganov es partidario de la reconstrucción de la Unión Soviética. El partido de Yeltsin es aceptado por Occidente como un “mal menor”, pues no se vislumbra un sujeto social, grupo de intereses, partido o coalición política que pueda asumir el proyecto político de Rusia. En general, los políticos se dividen en: federalistas (prooccidentales y continuístas) y centralistas (desengañados del proceso de reformas y del apoyo obtenido de Occidente). Hay otras tendencias como la de los neoeuroasiáticos (ni asiáticos ni occidentalistas), o la de los realistas, partidarios de ir resolviendo los problemas a medida que se

vayan sucediendo (apoyan un tipo de doctrina Monroe rusa). Todos están relacionados y son en gran medida complementarios, pues su origen es común: el disuelto PCUS.

- La URSS estableció una división territorial atendiendo a nacionalidades, no siempre bien definidas, que hicieron que en el período 1929-1980 se alteraran sus fronteras interiores nada menos que 86 veces. El resultado fue el resurgir de los nacionalismos, tan pronto cedió la presión del poder central, y con ellos una serie de conflictos fronterizos.
- La CEI se constituyó con una serie de limitaciones. No se aceptó la fórmula confederal, lo que impidió la creación de órganos supranacionales (la CEI no puede actuar como sujeto pleno de derecho internacional) y la aplicación de sanciones por incumplimiento normativo. Sólo se reconoció el consenso como principio para la resolución de las cuestiones. Las repúblicas sólo estuvieron de acuerdo en una cosa: “liquidar” a la URSS.
- Persiste la necesidad de Rusia de dotarse de un cinturón de influencia y protección que le proporcione seguridad. Recela de EEUU (encarnizado rival hasta “ayer”) y Alemania (su enemigo tradicional) y trata de contrarrestar el atractivo que Europa Occidental ejerce sobre muchas de las repúblicas, en especial sobre Ucrania. También desconfía de la influencia de Irán, Turquía, Siria y Afganistán sobre el elemento musulmán de su población. Las relaciones con China se han normalizado, desaparecida la disputa por el liderazgo comunista en Asia.

En cuanto a la CEI, los potenciales focos de inestabilidad, producto de la débil legitimidad histórica de las repúblicas y de la diversidad sociopolítica de sus poblaciones, son, entre otros:

- El contencioso con Ucrania; aunque se le ha encontrado solución, esta república reúne territorios que fueron polacos, rumanos y rusos, en los que viven cerca de 3 millones de estos últimos; por su pasado, Rusia sigue considerando a Kiev como “la madre de todas las ciudades rusas”. En cuanto a Crimea (que Rusia en su momento reconoció como territorio ucraniano) y la Flota del Mar Negro, son espinas clavadas en el alma del pueblo y la política rusa.
- El 80% de la población de Bielorrusia es de rusos blancos; el resto son polacos y lituanos. El Partido Comunista tiene todavía un fuerte arraigo en este país, en el que viven un 12% de rusos.

- En Uzbekistán laten odios históricos entre sus diferentes etnias; sobre todo, las de origen turco.
- Prosigue el conflicto religioso entre cristianos de Armenia y musulmanes de Azerbaiyán por el enclave de Nagorno-Karabaj; a ello se une que la economía azerí es la más pobre del Caúcaso.
- En Kazajstán, la menos asiática de las repúblicas, existe confrontación entre la población rusa y rica del Norte y la musulmana y pobre del Sur. La situación es estable pero inquietante.
- El 25% de la población de Kirguizistán es rusa y en su interior se dan conflictos étnicos.
- La propia Federación Rusa tiene problemas con las minorías tártaras y ucranianas y conflictos con algunas de sus repúblicas: Chechén-Igushia, Bashkiria, Yacutia, Buratia Chuvash y Tatarstán.
- Aunque ha ido disminuyendo la tensión entre Georgia y la secesionista Osetia del Sur, en esta república, que fue originariamente persa, luego provincia de la Rusia zarista, independiente más tarde y, finalmente, anexionada por la URSS, existen minorías que reclaman su singularidad.
- En Irán viven 6 millones de azeríes que, en buena lógica, se unirían a un Azerbaiyán independiente. Teherán intenta crear un grupo de cooperación económica con los países de Mar Caspio.
- Turquía considera a los azeríes hermanos de raza. Es conocido su deseo de crear en la zona una especie de *Commonwealth* económica dirigida desde Ankara (que se oponga a la acción iraní).
- Moldavia tiene una comunidad de origen turco y otra de origen ruso en el Trans-Dniéster, mientras el 65% de la población es de origen rumano y proclives a la integración con este país.
- Se ha alcanzado una frágil paz en Chechenia, que permite dar salida al petróleo producido en Azerbaiyán; pero por este país van a pasar gran parte de las reservas de hidrocarburos del Mar Caspio, lo que podría convertir a la zona circundante en un “golfo pérsico” del siglo XXI.

El Kremlin no ha dejado de considerar a todos estos países como incluidos en su exclusiva zona de influencia. El panorama es ahora tranquilizador y no es previsible que, a corto plazo, sufra grandes cambios. Pero, ¿y si los recelos aquí apuntados derivasen hacia conflictos de algún tipo?; ¿permanecería impasible Moscú?; ¿aceptaría Occidente que Rusia interviniera?.

Aunque no se manifieste, en Rusia subsiste el deseo de restaurar lo que geográficamente fue la Unión Soviética, lo cual supone la pervivencia de los sentimientos imperialistas: no se olvide que el nacionalismo es parte de la herencia histórica del país, de lo que la URSS, de hecho, no es más que un ejemplo. Desde luego, las complejas relaciones de Rusia con la periferia de la CEI son uno de los principales asuntos de su política interna y de capital importancia para la Federación. ¿Alguien puede garantizar que nada ni nadie va a originar contenciosos en el futuro?; ¿cuál será la reacción rusa cuando millones de rusos viven dentro de esas fronteras?. Ya se alzan voces acerca del fracaso político, económico y moral que supone el retraimiento de los límites fronterizos.

Los distintos comicios y elecciones legislativas celebrados hasta ahora han acentuado, aún más, la separación entre el ejecutivo y el legislativo. Se podría producir un vacío de poder que condujera a la desintegración de la propia Federación Rusa, o desembocar en la intervención del ejército y una guerra civil (los acontecimientos del verano de 1998 parecen corroborar esta suposición). En efecto, ¿cómo convencer hoy a Tatarstán o Bashkirstán de que Moldavia tiene derecho a tener su bandera y ser miembro de la ONU y ellos no?. Rusia es hoy mucho más vulnerable que lo era la URSS.

En cuanto a su política exterior, Rusia intentó, en un primer momento (1993-94), reforzar su presencia en el mundo; de ahí su deseo de participación en organizaciones como la UE, UEO, OSCE, CCAN, G-7, etc. Posteriormente, su postura ha ido variando paralelamente al desarrollo de los acontecimientos y de las reacciones de Occidente (hay que reconocer que los occidentales fueron los primeros sorprendidos por el proceso de desintegración de la URSS). Existen recelos y suspicacias, heredados de la "guerra fría", que no ayudan a disipar unos servicios de información que todavía exceden de lo razonable. Respecto a la OTAN, si se produjera la ampliación, Yeltsin ha amenazado con poner obstáculos a las conversaciones de desarme, no ratificar las START-II, replantearse su doctrina militar e, incluso, apuntar de nuevo sus misiles a Europa. Después del optimismo inicial, existe ahora un claro desencanto prooccidental que podría tener las siguientes consecuencias: la conversión de Rusia en un estado autoritario; el giro de su economía hacia un sistema mixto capitalista-estatal (los acontecimientos de finales de 1998 han supuesto un serio aviso); el retraso en la incorporación al grupo de países industrializados; un desarrollo semidemocrático que propicie nuevas tendencias imperialistas; deseo por parte de Rusia de obstaculizar el

desarrollo y funcionamiento de las instituciones europeas; el uso de la fuerza para la resolución de los conflictos en lo que Rusia llama su "extranjero próximo" (el antiguo espacio exterior soviético que ha declarado como de interés vital y de "uso exclusivo"). Mientras tanto, Japón exige la devolución de las Islas Kuriles; por lo que concierne a Irak, Rusia ha cambiando el discurso que mantuvo en la "Guerra del Golfo". Pero es que, además, la política exterior rusa se haya, de momento, sujeta a graves condicionantes: falta de experiencia democrática, falta de entendimiento entre los miembros de la CEI, personalización del poder y autoritarismo. En la CEI no ha aparecido, hasta ahora, una figura política con reconocimiento supranacional.

Como todo no va a ser negativo, se quiere finalizar este apartado con un canto a la esperanza. El nivel de independencia logrado por los países de la CEI, los peligros de desintegración en sus repúblicas y el precio económico pagado se ha traducido en el nacimiento de tendencias integradoras en casi todas ellas (en las asiáticas, por sus condicionamientos económicos; en las caucásicas, por la presión de las minorías rusas y los partidos comunistas instalados en el poder; y en las eslavas, por su pasado común). De proseguir la tendencia, Rusia controlaría otros potenciales focos desestabilizadores: el prooccidentalismo de las repúblicas del Oeste, y la afinidad político-religiosa de las del Sur y Asia. Por primera vez desde la "guerra fría" se están aireando y buscando solución a cuestiones fundamentales de geografía, historia y estrategia. En cuanto a Occidente, de momento Rusia no producirá quebraderos de cabeza, pues debe consagrarse a poner en orden su casa, pero ¿quién es capaz de vaticinar las reacciones del gigante ruso, caso de que las fórmulas aplicadas no den resultado?.

FACTOR ECONÓMICO

¿Como es posible que lo que fue una gran potencia económica se convirtiera, en tan poco tiempo, en un país en bancarota?. La razón puede estar en que la URSS fue, en efecto, una gran nación, pero que mantuvo a ultranza unas pretensiones políticas superiores a sus posibilidades económicas. Aunque la Unión Soviética no era un país subdesarrollado, quizás tampoco fueran ciertos los datos de la CIA acerca del PNB soviético, cifrado, en 1980, en 2/3 del de EEUU. Lo evidente es que su desarrollo fue deficiente: pasó de ser la quinta potencia económica mundial, a principios de siglo, a tener, en 1992, al 80% de la población instalada por debajo del nivel de pobreza.

Rusia, nación tradicionalmente agraria, sufrió un fuerte proceso de industrialización en la segunda mitad del siglo XIX. La guerra con Japón dio al traste con el incipiente cambio; el declive continuó hasta 1914 y se prolongó hasta después de la PGM; así se llega al nacimiento de la URSS. Todas las soluciones económicas posteriores se buscaron en Marx. Su teoría era muy difícil de ser llevada a la práctica, incluso en un país con recursos humanos y materiales tan inmensos.

Después de unos éxitos económicos iniciales, a partir de 1922 se empiezan a aplicar en la URSS los *planes quinquenales* (la llamada segunda revolución bolchevique). Ello significó la planificación metódica y total de la economía soviética, suprimiéndose la propiedad industrial y colectivizando la tierra. La autarquía y la fuerte centralización, que no dejaba apenas margen a la iniciativa privada, propició el aislamiento internacional. La planificación se fue ampliando a todos los sectores y la disciplina se hizo más férrea. La economía estaba basada en la sobreexplotación de los recursos naturales y una hiperindustrialización en sectores muy dirigidos. La SGM supuso un alto en el imparable desarrollo económico. Al final de la guerra, la URSS extendió sus experiencias a los países ocupados, lo que llevó a dismantelar las economías de los mismos. A partir de ahí, reorientó su sector industrial hacia la industria pesada (casi el 62% de la producción del subsector de maquinaria se dedicaba a la defensa cuando Reagan lanzó su IDE), lo que originó el «estallido» de la «guerra fría». El *quinto plan quinquenal* de 1950, con el que se trató de obtener una fuerza militar equiparable a la de los EEUU, supuso el comienzo del declive. La polarización hacia la industria de guerra perjudicó al resto de los sectores, especialmente al agrícola, ya que la industria militar implica pocos ingresos y grandes gastos, con la única excepción de la parte de la industria de guerra dedicada a la exportación que, en realidad, se suministraba gratuitamente, o en forma de crédito, a socios insolventes cuya colaboración se buscaba en virtud de intereses políticos.

El sistema económico de la URSS se basaba en una estructura productiva desproporcionada e irracional: exceso de producción y de consumo de materias primas, combustibles y carburantes, y ausencia de estímulos al libre mercado. Las pérdidas industriales eran asumidas por la administración central. Ningún sector económico se preocupaba de optimizar sus balances. La economía soviética, hasta 1985, estuvo basada en la propiedad pública de los medios de producción y, prácticamente, de la tierra, bosques, minas, transporte, comunicaciones, vivienda y servicios. La oferta y la demanda eran ficticias y el sistema carecía de instituciones

financieras, a excepción del Banco Central. A pesar de que el sistema contable tampoco era fiable, los datos económicos del último período soviético (a la llegada de Gorbachov) se podrían resumir como sigue: una importante producción real del sector agrario; la mayor cabaña ovina del mundo y la segunda en ganados porcino y bovino; 1ª ó 2ª potencia mundial en los subsectores minero y energético; importantísima producción de metales preciosos; enorme potencial industrial, aunque desajustado; una enorme red de comunicaciones y transportes, si bien necesitada de un esfuerzo de racionalización y actualización, y una fuerte interdependencia entre las repúblicas. Sin embargo, las cifras macroeconómicas, comparadas con las de la CEE, eran muy desfavorables en precios, producto neto, comercio exterior, etc.

Se dice, no sin razón, que la desintegración de la URSS se produjo por motivos económicos. Todo parece indicar que así fue; después de anunciada la IDE americana, sólo hubo que complementarla impidiendo que la URSS importara las nuevas tecnologías. EE.UU. vio en el insostenible esfuerzo soviético por mantener la paridad militar una solución pacífica a la pugna entre las dos potencias. La rigidez en la distribución provocada por un sistema tan dirigido hizo fracasar el sistema de planificación soviético. La incertidumbre en los suministros de materias primas obligaba a disponer de "stocks" muy elevados que, de hecho, llevaban a las empresas a la autarquía: éstas trataban de independizarse de los suministros, y las autoridades locales procuraban, de forma autónoma, asegurar el autoabastecimiento alimenticio de sus regiones. Por otro lado, se utilizaban fuentes de energía tradicionales, los objetivos industriales eran cuantitativos en vez de cualitativos y había una descoordinación casi absoluta en el desarrollo de las actividades. El sistema destruyó toda clase de incentivos y los salarios se fijaban sin tener en cuenta la productividad y rentabilidad; se producía un exceso de artículos invendibles cuando había carencia de los más necesarios. Sin derecho de huelga, el obrero no podía influir sobre la parte del valor por él producida, lo que supuso salarios bajos y despilfarro en obras inservibles. La división del trabajo, dentro y entre las repúblicas, se mantenía por voces de mando que venían de arriba; mientras las industrias rusas eran autosuficientes, las de las repúblicas dependían de aquéllas. Este modelo económico fue trasladado también al exterior y, en 1949, en respuesta al Plan Marshall de reconstrucción europea, nació el CAME, con la idea de crear un espacio económico integrado con centro en Moscú.

Gorbachov supuso el principio del fin. En 1985, convencido del fracaso del sistema y las nulas posibilidades de recuperación, lanza al ruedo eco-

nómico su *perestroika*, con la que intentaba conseguir un *leninismo democrático en una economía marxista-capitalista*. En principio, supone una liberalización del sector privado y la agricultura, que acometió el reparto de la tierra, el paso a la propiedad privada y el fomento de las cooperativas. Pero los campesinos rechazan comprar la tierra por su desconfianza en las medidas adoptadas y la falta de dinero; la producción agrícola se reduce y el gobierno, mientras, continúa comprando en el exterior, lo que perjudica a este sector. La *perestroika* trae de la mano a la *glasnost* y a partir de 1988 empieza a saberse que las reformas pretendidas por Gorbachov se tornan impracticables. En 1989 caen los regímenes comunistas de la Europa del Este y Alemania, con lo que ya es imposible reconstruir una economía de mercado sin mercaderes, empresas privadas sin empresarios y un sistema bancario sin banqueros. En 1990, la economía rusa se diversifica, pasando a estar compuesta por cuatro modos de producción: el capitalismo de estado (antiguas empresas estatales), el capitalismo privado (las empresas privatizadas), la pequeña empresa y las cooperativas de producción; con ellos, el PIB cae ese año un 40% respecto al anterior; por otro lado, la producción industrial se caracteriza, cada vez más, por su orientación hacia los sectores del combustible, energía y materias primas. En esta situación, se toman nuevas medidas económicas que buscan: potenciar el consumo, privatizar la tierra, llevar a cabo una reconversión industrial (de forma especial la militar), acceder al sistema económico y financiero internacional (FMI, GATT, etc.), atraer inversores, capitales y tecnología extranjera a la Unión Soviética y frenar la evasión de capitales rusos al extranjero. Es un plan para un cambio más rápido y contundente de la economía; confiere mayores competencias a las repúblicas en cuanto a control de precios, privatización, finanzas y distribución de bienes deficitarios o escasos. El problema tecnológico es especialmente grave pues la URSS se había desfasado claramente de Occidente en informática y telecomunicaciones.

En 1991, una vez superado el trauma derivado del primer golpe de estado, liquidada la Unión Soviética y con Yeltsin como único decisor político-económico, se presenta un duro programa de ajuste económico con tres objetivos: propiedad privada, libre empresa y competencia. A pesar de los importantes esfuerzos efectuados, el estancamiento y el declive continúan. Los obreros, mientras tanto, han ido incrementando el número de sus demandas económico-sociales cuando, por otro lado, los recursos son más necesarios para promover la deseada modernización industrial o mejorar la infraestructura básica. Además, al amparo del hundimiento del

sistema anterior, crece una enorme economía sumergida, aparece la corrupción y poderosas mafias controlan gran parte del sector económico. Las actitudes nacionalistas han provocado la ruptura de la red de transportes y comunicaciones heredada de la URSS, sin que haya podido ser sustituida. Tampoco la evolución de los sectores secundario y energético es favorable. La transparencia crítica y la posibilidad de informar que trajo consigo la glasnost obliga a liberalizar la vida política e intelectual. Se forman dos grupos: la partitocracia y la tecnocracia, ambos procedentes de la "nomenklatura" del PCUS; representan, a partir de entonces, la elite económica, e impidieron, a la postre, el esperado éxito de las reformas.

El equipo de Yeltsin pronto se dio cuenta de que la transformación del sistema sólo tendría éxito en la medida en que fuese capaz de conseguir una privatización real, cauces normativos adecuados para las funciones mercantiles, redefinición del espacio económico de los poderes públicos, reconversión del complejo industrial militar y apertura económica al exterior. Para ello, son necesarias: la consolidación política, una dinámica social que favoreciera la concertación, la colaboración de todos los sujetos de la CEI y la disposición favorable del espacio exterior. El error de la primera reforma Gaidar-Yeltsin fue aplicar una ortodoxia occidental a un espacio económico diferente. Gaidar liberalizó los precios, pero éstos, ante la escasez de artículos de consumo provocada por la limitación de la práctica de subsidios, empezaron a crecer con rapidez, causando un gran descontento social; entonces el gobierno liberalizó también el comercio exterior, lo que abrió las puertas a la importación. Cuando el mercado interior se saturó, los precios, dependientes ya de la oferta y la demanda, volvieron a bajar, provocando el cierre de muchas empresas.

A principios de 1992, la situación es profundamente inestable: durante el primer año de las reformas el PIB había bajado un 20%, los precios habían aumentado un 2.500% y se había producido una fuerte caída de la producción. Esto, junto a la ineptitud, corrupción, degradación administrativa y falta de ayudas adecuadas del exterior, propicia el colapso económico. Gaidar, este año, inicia la segunda parte de la reforma e intenta hacer lo que le dicta el FMI, pero fracasa; el Congreso le retira la confianza y obliga a Yeltsin a sustituirlo por Chernomyrdin, el cual, como medida de choque, intenta que el estado regule, aunque parcialmente, la economía nacional, limitando la liberalización.

En 1993, la repercusión de las reformas económicas queda más diluida a causa del alto grado de enfrentamiento político, cuyo desenlace es el

intento de destitución del Presidente por parte del Parlamento y la disolución consiguiente de las cámaras por parte de Yeltsin. Por tanto, la inestabilidad política restó importancia a la económica, aunque en ella está la causa primera del enfrentamiento.

En 1994, el 70% de las empresas grandes y medianas ya están privatizadas, aunque el estado sigue teniendo una elevada cuota de capital. Este mismo año se inicia la segunda fase del proceso de privatización. Dicha privatización se produce dando prioridad a los trabajadores en el reparto de las acciones de las empresas estatales, a fin de lograr una redistribución de la propiedad, pero ésta se concentró, en realidad, en manos de menos del 10% de la población.

En 1995 se detectan los primeros signos de recuperación de la economía (desde 1992, los precios habían aumentado 700 veces): hay un estancamiento de la inflación (en torno al 8%, mientras en 1993 había sido del 876% y en 1994 del 75%), la balanza comercial se hace ligeramente positiva y se revaloriza el rublo. El número de pobres se reduce ese año en un 30%. Pero la curva del paro sigue aumentando, lo que agudiza el desencanto social (Rusia no sabía lo que era el paro desde 1931 y en 1995 los desempleados llegan a 5 millones, pues la URSS convirtió en parásitos a 10 millones de ciudadanos). Las trabas burocráticas y las mafias siguen impidiendo las inversiones extranjeras.

En 1996 se articula en Rusia una economía basada en grandes grupos industriales donde lo financiero prevalece sobre lo productivo y a cuyos propietarios encomienda el estado la tarea de fortalecer el mercado. La oligarquía económica en Rusia, con el visto bueno de las autoridades, controla los grandes capitales y los sectores industriales (destacan los bancos). Los intereses económicos de esta elite predeterminan los valores políticos básicos: estado fuerte y centralizado, proteccionismo, política de privilegios, paz y estabilidad social y monopolismo. Junto a esto, se tiene un panorama económico donde el incremento de costes previsto en 1991 es más de 2.000 veces superior; las ayudas a la industria y la agricultura impiden controlar la inflación; el 5% de la población acumula una riqueza excesiva (en base a la especulación y los negocios fraudulentos), mientras que hay alrededor de 50 millones de pobres; la inflación ha hecho que los ahorros se hayan depreciado enormemente, lo que ha perjudicado especialmente a los pensionistas; el número de parados se aproxima a los 10 millones y la curva es todavía ascendente. Esta situación agrava los sentimientos nacionalistas, ya de por sí exacerbados,

a la vez que provoca fugas de capital (los rusos han enviado ya más de 300.000 millones de dólares a bancos extranjeros). La privatización, por sí sola, no basta para solucionar el caos, pues el cambio a una economía de mercado no se puede llevar a cabo sin un cambio de mentalidad (sobre todo de los trabajadores), lo que a su vez implica un enorme costo social.

Durante 1997, como consecuencia del establecimiento de la banda de fluctuación del dólar y otras medidas, se logra contener la inflación galopante y alcanzar la estabilización financiera. Se detiene así la caída de la producción y se inicia la transición hacia una economía de mercado real. No obstante, Rusia sigue sumida en la confrontación política y la serie de males ya descritos que atenazan su economía incluso se ha agravado, habiéndose perdido parte de lo conquistado.

A principios de 1998, la situación económica, pese a la crisis, es, como los dos últimos años, de moderado optimismo. Pero la crisis de los llamados "tigres asiáticos", reforzada por la del Japón (donde se anuncia una recesión) y su extensión a Iberoamérica, llega a Rusia en forma de una potencial devaluación del rublo y del temor declarado de que Rusia no pueda pagar su deuda internacional. Huye el capital extranjero, el dólar se convierte en moneda refugio y la bolsa moscovita (sometida desde febrero al denominado "efecto vodka") pierde más del 80% de su valor. Por otro lado, las entregas de los créditos extranjeros se habían empleado en tapar agujeros en las cuentas rusas y, lo que es peor, en aumentar las rentas de los privilegiados. El colapso económico-financiero parece inminente. No obstante, se confía en el paquete de medidas de emergencia acometido por Serguei Kiriýenko, un honrado primer ministro que trata de cumplir las exigencias del FMI, el cual acude en rescate de la economía rusa con una operación internacional basada en un crédito de 22.600 millones de dólares (4 billones de pesetas).

Pero en agosto, el gobierno y el Banco Central Ruso (BCR) anuncian una moratoria de 90 días en los compromisos externos de los bancos comerciales y Kiriýenko se ve forzado a devaluar el rublo, cuyo valor queda a expensas de la ley de la oferta y la demanda. El primer ministro comparece entonces ante el Parlamento a dar explicaciones y declara, sin ambages, que sólo se está al comienzo de la crisis y que la deuda del Estado es de 200.000 millones de dólares. Entonces, Yeltsin disuelve el gobierno, con Kiriýenko a la cabeza, y propone como sucesor a Chernomyrdin, retornando con él la ambigüedad y la política de bandazos y parches que carac-

terizó su anterior gestión económica. Declara un plan económico que anula las reformas pactadas con el FMI “hasta que la situación cambie”, lo que supone, de hecho, el abandono de la política de rigor presupuestario y el descontrol en el gasto. El rublo sigue cayendo durante agosto y septiembre, el BCR pone fin a la sangría de divisas para sostenerlo y la bolsa de Moscú está al borde de la paralización total. Así las cosas, el FMI pone en cuarentena la entrega de los plazos del crédito pactado. Chernomyrdin ya había manifestado su intención de abandonar el monetarismo en favor del gasto social (para lo que emitirá papel moneda sin límites) y la protección del Estado (nacionalizaciones, subvenciones, control de la banca, etc.).

En Occidente se da la voz de alarma y se produce una entrevista en Moscú entre el director del FMI, Michel Camdessus, y Chernomyrdin, en la que se cuestiona el apoyo financiero de la comunidad internacional, quedando las entregas del crédito supeditadas al cumplimiento íntegro del paquete de medidas acordado, porque de lo contrario se prevé una hiperinflación que llevaría a Rusia al caos. La entrevista parece surtir efecto, pues la reacción de Chernomyrdin es manifestar que no habrá marcha atrás en las reformas económicas y que la meta de Rusia sigue siendo la economía de mercado y la democracia. Esto molesta ahora a la *Duma* y de nuevo aparece la lucha política con afirmaciones y desmentidos, por lo que ya nadie sabe lo que puede suceder. El acuerdo cuatripartito preveía una serie de medidas anticrisis que son todo un misterio. La duda se despeja de nuevo en forma de sorpresa; como Chernomyrdin no puede contentar a todos a la vez (diputados y FMI), la fórmula consiste en hacerlo por turnos: primero emisión de moneda controlada (para hacer frente al pago de sueldos y pensiones atrasadas), con lo que se contenta a los comunistas, y luego el máximo rigor monetario (hasta llegar a la dictadura económica). Los expertos económicos se llevan las manos a la cabeza y piden a Yeltsin que no aplique estas medidas so pena de un desastre económico de consecuencias desconocidas. Es el momento en que la *Duma* obliga al Presidente a sustituir a Chernomyrdin por Primakov.

El nuevo primer ministro, ya en sus primeras declaraciones programáticas, asegura su intención de aplicar una “política económica de libre mercado de orientación social” que nadie sabe lo que es, mientras “su segundo de abordó”, el comunista Masliukov, asegura que pagará los atrasos emitiendo dinero; en cambio, en Viena, a donde Primakov acude en sustitución de Yeltsin (de nuevo convaleciente), a una cumbre Rusia-UE, manifiesta su intención de acometer un programa anticrisis que satisfaga al FMI, con lo que prosigue la táctica de las dobles declaraciones tratando

de contentar a unos y otros y en las que ya nadie cree y todos toman como chiste. En Occidente también hay confusión, pues mientras el FMI aún no ha librado el plazo de 4.300 millones de dólares correspondiente, la Unión Europea (UE) llama a esta institución a desbloquear la situación; entre tanto, una reunión extraordinaria del grupo G-7, para tratar el tema ruso, termina sin resultados.

En todo el proceso de cambio, los occidentalistas mantuvieron las ideas de Gorbachov: acatar fielmente los dictados del FMI, abrir la economía a los capitales extranjeros, contener la intervención en el Tercer Mundo y propugnar el control de armamentos, todo con el fin de obtener una hipotética ayuda económica y tecnológica occidental lo bastante generosa como para permitir el tránsito rápido a la economía de mercado. Pero los pueblos soviéticos tenían una idea ciertamente exagerada de la clase de ayuda que podían esperar de Occidente, donde se subestimaba la complejidad de los cambios emprendidos. Algunos de los métodos empleados fueron copias exactas de los usados por los occidentales para "exprimir" a los países del Tercer Mundo. Los resultados, lógicamente, fueron desastrosos: pues Rusia, pese a sus condicionantes, no era un país tercermundista. En definitiva, se demostró que las leyes de libre mercado no funcionan en "cualquier ambiente". De hecho, nunca ha habido una transición del socialismo al capitalismo. Es más: la creación del capitalismo en Occidente se realizó, como fácilmente olvidamos, a costa de una gran cantidad de dolor y sufrimiento; hubo que superar, poco a poco, la explotación del obrero, las pagas miserables, la falta de viviendas, beneficios y sindicatos y una polución terrible. Un enorme bagaje del que Rusia y la CEI carecen.

Concluido este análisis, los potenciales focos de desestabilización económica más importantes son:

- La confrontación política, en la que un núcleo duro de diputados que dominan el Parlamento (nacionalistas y comunistas) se apoya en funcionarios desconocedores de las leyes económicas y carentes de las indispensables experiencia y competencia para alcanzar sus pretensiones.
- La tendencia, extremadamente negativa, a vender en el extranjero cualquier cosa a cualquier precio, siempre que suponga divisas (en especial, armamento y material y tecnología nuclear).
- La imperfección de las leyes que regulan la actividad mercantil, que favorece el desarrollo de la economía sumergida, puesto que elude el pago de impuestos y los aranceles.

- La irracional inversión estatal, dirigida a la financiación de programas sociales y no al fomento de actividades productivas, lo que hace que aumente la inflación y el desempleo.
- La ausencia de cultura e instituciones financieras concededoras de los engranajes del libre mercado.

En cuanto a la CEI, las interrelaciones entre los países continúan estando lejos de la creación de un espacio económico único, ya que la política económica rusa a la vez que reducía sus exportaciones al “extranjero próximo” las incrementaba en países de divisa nacional fuerte; la lucha por el dólar puede llevar a la CEI hacia su desintegración. Los desajustes más llamativos son los siguientes:

- Ucrania depende de Rusia para su abastecimiento energético. Por otra parte, Rusia necesita del “granero” ucraniano; por ello, pese a sus diferencias, es previsible una tendencia al entendimiento.
- En 1995, Bielorrusia aprobó por referéndum la integración económica con Rusia, interesada en recuperar sus mercados tradicionales y garantizar la satisfacción de sus necesidades energéticas.
- Las tres repúblicas transcaucásicas, en casi permanente estado de guerra, tienen sus relaciones económicas y sociales paralizadas, por lo que ninguna reforma política resulta viable.
- El resto de países cuentan con regímenes y políticas económicas aún poco liberalizadas, producto de sistemas políticos que siguen siendo autoritarios. Sí es previsible un aumento de la tensión entre el gobierno central y las autonomías más ricas (es decir, las que más aportan al presupuesto federal), que demandan mayores competencias para mejor administrar sus recursos. Por contra, las pobres reclamarán la concesión de mayores subvenciones.

Una buena estrategia debe asumir que la primera reforma ha de ser la del propio sistema; se debe rechazar la idea de éxito a corto plazo; la política financiera y monetaria debe fomentar confianza, no bloquearla; se han de sustituir las expectativas alarmistas por las realistas; y plantear un método macroeconómico racional que reduzca los poderes del estado. El comportamiento del gobierno ruso nos recuerda a un pasaje de una novela de Chejov: Un médico visita a la familia de un paciente recién fallecido, y les pregunta: “¿ha sudado el paciente antes de morir?”; “en efecto”, le contestan, a lo que concluye el médico satisfecho: “su tratamiento ha sido correcto”. Es decir: ciertas recomendaciones pueden resultar “mortales” para los rusos. En cualquier caso, se debe asimilar que el proceso será largo y los errores muchos, ya que no existe experiencia histórica de trán-

sito de una economía centralizada a otra de mercado. La paciencia y la constancia fueron determinantes en Alemania y Japón. El factor económico, junto a la seguridad, es lo que puede dar cohesión a la CEI: mercado, fiscalidad, comunicaciones, transporte y la complementariedad de la agricultura, industria, energía y materias primas. También resulta esencial contar con una autoridad fuerte, reconocida y aceptada por todas las repúblicas, que sea capaz de llevar a su término las reformas. Se debe aprovechar la alta capacitación laboral de la población, producto de un competente sistema educativo con altas inversiones en investigación y desarrollo (I+D).

En cuanto a las relaciones de Rusia con Occidente, ha habido errores e incomprensiones por ambas partes. La UE consideró que los sectores potencialmente fuertes de la economía soviética supondrían una amenaza para los suyos: colosal espacio, gran volumen demográfico, imponentes recursos primarios, enorme aparato industrial y sectores productivos muy fuertes. Por otro lado, los planes de sincera cooperación de países como Alemania y Francia eran inaceptables para la administración americana, que trataba de subordinar el crecimiento de Rusia y sus socios a su rápida transformación política. Se adoptó -un sistema coercitivo de precios, mercados y privatizaciones que fue apoyado por el FMI y que afectó a sectores económicos tradicionalmente fuertes (agricultura, acero, hierro, químicas, textiles o energía). Lo único que parece funcionar bien es todo lo relacionado con el sector del combustible, debido a la liquidez absoluta de los hidrocarburos. Lo que nunca se debió hacer fue incentivar al capital occidental para obtener beneficios del hundimiento del Este (pues se estaba generando inestabilidad). Un logro en el comercio exterior fue la firma de un acuerdo de cooperación con la UE, que supuso el fin de diversas restricciones que pesaban sobre ciertos productos rusos, si bien se mantuvieron las impuestas al acero y textiles. Las principales líneas de financiación provienen, ayer y hoy, del Banco Mundial, el FMI y la UE. Las inversiones extranjeras que entran siguen siendo escasas (no son más que capitales rusos fugados que regresan atraídos por beneficios especulativos).

A pesar de todo, las políticas económicas aplicadas y los esfuerzos del pueblo ruso han conseguido que algunos datos sean positivos: se ha logrado reducir el crecimiento de los precios y la inflación (ha pasado del 876% al 75%); ha descendido el déficit público y la deuda externa (del 45 al 21%); se ha producido un pequeño "superávit" en la balanza de pagos y se han incrementado las reservas; la economía presenta tasas de creci-

miento positivas (3% en 1996) y el 70% del PIB está ya en manos privadas. Aunque exista una profunda crisis no ha desembocado en catástrofe. Las preocupaciones rusas siguen siendo: la corrección de los fuertes desequilibrios monetarios, el control de la inflación (hasta el 5%) y el déficit fiscal (situarlo en el 5% del PIB), los créditos (se han de hacer desaparecer las subvenciones), la fortaleza del rublo (mantenerlo en 1.250 por dólar) y encontrar formas de endeudamiento público. Pero, por desgracia, durante 1998, de nuevo han sonado las alarmas.

FACTOR MILITAR

Las Fuerzas Armadas de la extinta URSS (al igual que, en su momento, el ejército zarista) se habían convertido en el símbolo del patriotismo ruso y de las tradiciones imperiales. Durante casi medio siglo el potencial militar soviético fue el elemento que sustentó a todos los demás y, por ser básico, todo se supeditó a él: la política, la economía, la industria, el bienestar social o las relaciones exteriores. El aparato del estado, militarizado al máximo y convertido en un sistema de represión y terror, tuvo en el ejército el instrumento que garantizaba el cumplimiento de todas las directrices del PCUS. Las FAS soviéticas estaban absolutamente politizadas: el 75% de los oficiales y el 100% de los altos mandos estaban afiliados al Partido. La pretensión fue constituir el ejército más poderoso del Planeta (Rusia llegó a producir más tanques que el resto del mundo) e iba encaminada a lograr la paridad militar, especialmente la nuclear, con Occidente, a fin de mantener el "paraíso socialista en la Tierra". Pero lo hizo sobre la base de un potencial industrial muy inferior. Las reformas introducidas por Gorbachov para hacer frente al problema económico-militar (los analistas cifran en el 17% del PIB el presupuesto de las FAS en 1990, y la banda 15-25% para todo el período comunista) fueron el comienzo de un cambio verdaderamente inimaginable.

Hasta Gorbachov, el problema étnico en las FAS se evitó gracias a la organización del ejército rojo en base a grandes unidades federales compuestas de pequeñas unidades de uniformidad étnica y divisiones territoriales de la reserva, pero el 90% de los apellidos de los oficiales eran eslavos (rusos la mayoría); los suboficiales, en cambio, fueron un débil eslabón del sistema militar soviético, pues todos provenían de los reclutas que decidían continuar en las Fuerzas Armadas.

Después del vuelco político producido al derrumbarse el sistema comunista y crearse la CEI, se quiso garantizar la existencia de unas FAS combinadas, bajo mando único, que sustituyeran a las de la URSS. Esta idea fue abandonada ante la postura de la mayoría de las repúblicas de crear sus propios ejércitos. En esta línea, Yeltsin creó el Ministerio de Defensa ruso e instituyó las Fuerzas Armadas de la Federación y Rusia se hizo cargo de todas las unidades soviéticas destacadas en los países del PAV, las Repúblicas Bálticas, Moldavia y Transcaucasia; por contra, las tropas destacadas en Asia Central quedaron bajo control combinado de Rusia y los países donde se encontraban. El complejo "sentido nacional" del ejército, creado por la nueva situación, provocó que muchos de los oficiales, incluso de entre los étnicamente rusos, optaran por servir en los ejércitos de las otras repúblicas, a fin de no perder los destinos en los que llevaban cierto tiempo y evitar comenzar de nuevo en lugares desconocidos y, a veces, lejanos e inhóspitos. Fracasado el intento de crear en la CEI un ejército combinado bajo mando ruso, Rusia ha suscrito, con casi todas las repúblicas ex-soviéticas, acuerdos bilaterales de cooperación militar, especialmente con Bielorrusia, Ucrania y Kazajistán. Rusia y Moldavia han acordado la retirada completa del ejército ruso desplegado en la región del Trans-Dniéster. Actualmente, la presencia de efectivos militares rusos se da sólo en Armenia, Georgia, Turkmenistán y Tayikistán, aunque su peso se hace sentir en casi toda la CEI por la dependencia del apoyo logístico ruso. Una serie de factores han llevado a la CEI a concebir una política de defensa común: los conflictos dentro de la Comunidad, el efecto desestabilizador de Afganistán, la influencia de Irán y Turquía, el extremismo islámico, los conflictos fronterizos, los problemas de inmigración, la evolución armamentista de China e Irán, el crimen organizado y la lucha medioambiental.

El regreso escalonado de tan gran número de fuerzas supuso para Rusia difíciles problemas de reorganización, realojamiento y administración de personal, lo que junto a las reducciones de personal ha originado numerosos problemas sociales, ya que han dejado sin ocupación a millares de militares profesionales que además ha habido que reinsertar, junto con sus familias, en lugares de los que faltaban hacía décadas o en sociedades a las que no pertenecían; muchos de esos problemas aún no han sido solucionados. El soldado pasó de ser el *instrumento del socialismo universal* (trabajador de la defensa de la patria, al que había que asegurarle el puesto de trabajo y su lugar en la colectividad, como garantía del resto de los trabajadores) a ser un recurso improductivo. Yeltsin siempre

ha considerado al estamento militar como una amenaza potencial para la estabilidad política, pero se ha servido del ejército para alcanzar el poder y mantenerse en él. En las FAS rusas hay ahora tensiones que no existieron en el período soviético debido a la frustración, desconfianza y desmoralización, consecuencia de la relajación de la disciplina, la insumisión y la corrupción; la desertión y el suicidio son normales entre los soldados. En el seno de las FAS se comercia con todo y se sustrae armamento que es vendido en el mercado clandestino. El peso que los militares tienen como potenciales electores es hoy su principal valor político.

En cuanto a las relaciones con el exterior, todos los estados de la CEI se han adherido a los tratados suscritos por la Unión Soviética, tanto el de armas nucleares de alcance medio (INF y SNF) como el de Reducción de Fuerzas Convencionales en Europa (FACE o CFE). Las tres repúblicas que, además de Rusia, poseían armamento nuclear estratégico (Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán), han firmado el tratado de no proliferación de armas nucleares en calidad de países no poseedores de armamento de este tipo, y han convenido en depositar en la Federación Rusa las cargas nucleares existentes en sus respectivos territorios, aceptando que fuera Rusia, "de jure y de facto", la heredera de la URSS en materia de posesión y control de armamento nuclear. Rusia está en posesión de un imponente arsenal nuclear que, aunque de utilización muy poco probable, es su elemento bélico más peligroso; esto hace que los factores desestabilizadores del coloso ruso interesen al resto del mundo.

El poder militar de la Rusia actual está compuesto por tres "patas": las tropas del Ministerio del Interior, la guardia de fronteras y las FAS; las dos primeras, bien dotadas y entrenadas para hacer frente a los problemas de la CEI; y la tercera, con poco material y un grave problema de personal.

El Ministerio de Defensa ha emprendido un programa destinado a reestructurar las unidades, formular una nueva Doctrina Militar y reducir los efectivos de las FAS rusas a un máximo de 1.200.000 hombres (en el año 1989, las FAS soviéticas ascendían a 4.250.000 hombres, aparte de los 500.000 de las unidades paramilitares y de los 500.000 del Ministerio del Interior). Otros de los retos es la profesionalización de las FAS para el año 2000, que se prevé difícilmente realizable.

Todo el mundo está de acuerdo en que hoy la formidable maquinaria militar soviética está muy deteriorada. Las FAS sólo mantienen operativo un pequeño núcleo de unidades en cada Cuerpo de Ejército (51 de sus 81 Divisiones no podrían operar). La situación económica impide el entrena-

miento y la realización de ejercicios por falta de combustible (las reservas están agotadas), carencia de piezas de repuesto y dinero para dietas; casi no vuelan los aviones y los carros de combate no se usan en las maniobras. La mala administración de los recursos humanos y su baja moral mantiene la eficacia muy mermada (ni siquiera puede garantizarse la alimentación de los soldados, que pasan meses sin cobrar su sueldo). Aún así, no se debe olvidar que los gastos de defensa rusos se mantienen en torno al 9% del PIB, e incluso ha habido incrementos en el capítulo de I+D. Esto quiere decir que, pese a su aparente debilidad, la eficacia de las FAS puede volver a ser lo que era en un plazo relativamente corto; basta que haya un motivo que lo requiera. La nueva Doctrina Militar aboga por la colaboración internacional para el fortalecimiento de la confianza, la reducción de armamentos, la prioridad de las medidas político-diplomáticas frente a las de carácter militar, el arreglo de toda clase de litigios por la vía de la negociación y el propósito de emplear las FAS sólo en casos de autodefensa y para preservar la soberanía, integridad territorial e intereses vitales; también para apoyo a la comunidad internacional y órganos de seguridad colectiva; prevé, fundamentalmente, conflictos de baja intensidad, sin descartar una guerra convencional a gran escala que pudiera transformarse en nuclear. Además, Rusia teme que se puedan generar conflictos en su área de influencia (recuérdese que 24 millones de rusos habitan en otros estados de la CEI). Lo que parece claro es que trata de conseguir suficiente capacidad disuasoria para proporcionarle un aceptable nivel de "estabilidad estratégica" (renunciando a la paridad estratégica con EEUU).

En cuanto a la relación de Rusia con sus antiguos enemigos, cabe destacar la actitud positiva hacia la OTAN. En 1991 se avino a formar parte del recién creado Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCAN); llegó incluso a solicitar, en 1994, su ingreso en la Organización. Ese mismo año, Rusia aceptó la invitación de la OTAN para ingresar en la Asociación para la Paz (APP). En 1997 se firmó en París el Acta Fundacional de las relaciones Rusia-OTAN, en la que se le otorgaba voz a Rusia en un Consejo Consultivo Permanente (CCP), creado con la intención de tratar todos los temas de interés común o que pudieran afectar a la estabilidad en general. Donde Rusia se muestra intransigente es en el tema de la ampliación de la Alianza, que ha llegado a calificar como "uno de los mayores errores de Europa desde la finalización de la SGM". Rusia teme un acercamiento del peligro militar a sus fronteras y ha advertido acerca de su intención de abandonar el CCP si cualquier república de la ex-Unión Soviética fuera

admitida como miembro de la Alianza (en la Cumbre de Madrid, se le concedió a Ucrania un "status" especial). La integración en la OTAN de países de su "extranjero próximo" podría provocar un sentimiento de humillación y temor por su seguridad que les obligaría a encerrarse en un aislamiento hostil hacia Occidente. Rusia aboga por hacer de la OSCE el principal órgano rector de la seguridad europea. Entre sus posibles reacciones negativas estarían el hacer uso de su derecho de veto en el Consejo de Seguridad, o no ratificar las START-II.

Y para terminar nos podemos hacer las siguientes preguntas: ¿Va a aceptar el ejército que más de 30 millones de rusos se conviertan en minorías nacionales en estados que antes consideraba su propio territorio?; ¿aceptarán las FAS todas las iniciativas que se están tomando en el terreno político, o llegará un momento en que decidirán hacerse cargo de la situación?. En 1991, el ejército no apoyó activamente a los golpistas, pero ¿cómo se comportaría hoy, cuando hay una reactivación del comunismo y aumentan los partidarios de restaurar la URSS?. Los generales apoyaron a Yeltsin sólo porque querían perjudicar a Gorbachov; el 90% de los generales del Estado Mayor eran estalinistas radicales. La postura inmovilista del ejército, hasta ahora, se explica sólo por la división y falta de capacidad de decisión de la cúpula militar, después de lustros de no hacer otra cosa que obedecer.

El descontento de los militares está en la retirada poco airosa de Afganistán; la "derrota" sin lucha en la "guerra fría"; la acusación de ser los causantes de la pervivencia del PCUS, cuando fueron ellos los que triunfaron sobre el comunismo; la falta de apoyo social; el descenso de su nivel de vida y el retraso en el cobro de los sueldos; la falta de viviendas; el rechazo social de los que regresan y la inexistencia de cuarteles para su reubicación; la pérdida de empleos que ha supuesto la drástica disminución de efectivos; la retirada de Europa, países bálticos y Moldavia; la pérdida de su papel de asesores del Tercer Mundo; vacío doctrinal e ideológico; y la falta de definición de lo que representan en la CEI. El ejército ruso ha pasado de ser una potencia militar, en el período anterior a Gorbachov, a "mendigar" la subsistencia a aquéllos que en el pasado fueron sus enemigos.

FACTOR PSICOSOCIAL

El régimen comunista favoreció, en teoría, la presencia de las culturas y lenguas nacionales que los zares habían prohibido, pese a lo cual la agu-

dización de los sentimientos nacionalistas de la época post-comunista tienen su origen en la historia de la URSS. En efecto, después del período zarista, el ideal de la supra nacionalidad y la hermandad entre los trabajadores, las persecuciones estalinistas, los traslados forzosos de población y la denominada “rusificación”, con la que se trató de uniformar culturalmente a todo el imperio y controlar todos los centros de poder, dejaron un estado de pueblos diferentes étnicamente, culturalmente y en desarrollo económico. El nacionalismo fue el factor que catalizó la oposición al sistema, aletargada durante el período soviético, y que se manifestó al librarse de sus ataduras históricas. La nueva situación reavivó los sentimientos culturales, étnicos y religiosos. Los 70 años de vacío ideológico e intelectual propiciaron el retorno en busca de su identidad.

Factor cultural

Parte de las raíces de la cultura rusa datan de la Edad Media, cuando el príncipe Vladimir, soberano del Imperio de Kiev (Tierra de Rus), se convirtió al cristianismo (año 988). Más tarde, el imperio soviético anexionó repúblicas de culturas cristiana (partes occidental y oriental) y musulmana (partes oriental y sur). En las repúblicas, más del 90% de la población ha conservado la lengua nacional como primera lengua, a pesar de la uniformidad que intentó introducir el sistema soviético; hoy, 45 millones de personas en la CEI (el 8% de su población) no habla ruso.

Después de casi medio siglo de cultura rusa impuesta, hoy está influenciada por numerosos elementos occidentales, especialmente americanos, sobre todo en los medios de comunicación. Los bancos son los nuevos mecenas de la cultura. Existe una gran crisis en las artes plásticas y en el cine. La situación de las artes y la cultura se puede hacer extensiva a las ciencias y la educación. Sigue, sin embargo, conservándose la pasión por el cultivo del teatro, el ballet, la ópera, y la música clásica. La situación de la literatura es especialmente grave; siendo un sector en el que Rusia siempre ha destacado y que servía de guía moral a los rusos, está importando los hábitos de la mala lectura occidental (policíaca, prensa amarilla, etc), hecho que ha iniciado un proceso de desintelectualización y degradación moral de la sociedad. Los escritores rusos contemporáneos tienen una percepción trágica del mundo heredada de la URSS. Se vuelve a la realidad sin querer saber nada del pasado (ni mediato ni inmediato); pero, por otro lado, están en alguna forma inmersos en él, pues las cuentas no saldadas en este país son demasiado grandes y numerosas. Lo único que une a los escritores de hoy es, paradójicamente, su anarquía e individua-

lismo, que les hace rechazar cualquier tipo de partidismo político; Alexander Solzhenitsin es, en la actualidad, el único constructor activo de la literatura ideológica. Por otro lado, se ha producido una inesperada fusión de la literatura con la prensa. Sorprende la gran cantidad y variedad de revistas no comerciales, muy elitistas, que perviven al lado de las de consumo mayoritario. ¿De dónde sale el dinero para sostenerlas?. Se ha perdido el concepto nacional de prensa y ha aumentado la dependencia local (respecto de elites y grupos de presión), por lo que no funciona como elemento de uniformidad cultural, sino como elemento de presión de las estructuras de poder y en detrimento de los contenidos culturales y científicos. La mayoría de los periódicos están orientados a un segmento de población con un nivel de educación medio-bajo. En cuanto a la televisión, su influencia en la sociedad es enorme ya que durante el régimen comunista existía en el 98% de los hogares y la baja calidad de su programación preocupa más que otro sector.

En lo tocante a la cultura, hoy todo se convierte en “show” (ninguno de los cuales, sin embargo, resiste la comparación con el “show” político). Lo único aceptado como cultura moderna es todo aquello que se pueda proyectar en la pantalla televisiva y que algún medio de comunicación pueda sacar a relucir con dimensión de escándalo o contenido morboso. En cuanto a los intelectuales, la actitud de los llamados demócratas hacia el estado fue positiva sólo en su faceta de oposición al comunismo, al cual vencieron a costa de su descrédito. La falta de intelectuales comprometidos, como pasa con los escritores, ha dejado huérfano al pueblo de guías morales y espirituales.

Factor étnico

Los 150 millones de habitantes de Rusia pertenecen a no menos de 100 grupos étnicos, de los que 22 cuentan con más de un millón de miembros (hay más de 56 millones de musulmanes). El 82% de los habitantes de Rusia son de una misma familia étnica; otros grupos étnicos importantes son: tártaros (4%), ucranianos (3,5%), bielorrusos y alemanes. En cuanto a las repúblicas de la CEI, los datos más significativos son: en Estonia hay un 28% de rusos, en Letonia un 33% y en Lituania un 12%; en Bielorrusia hay un 12% de rusos, en Ucrania un 21% y en Moldavia un 13%. Las repúblicas transcaucásicas son diferentes unas de otras, pues Azerbaiyán es un estado de población mayoritariamente musulmana (80%), lo que le crea problemas con la cristiana Armenia. Finalmente, las repúblicas asiáticas se caracterizan por su alto porcentaje de musulmanes, así como

por los siguientes factores: Kazakistán tiene un 41% de rusos que son la etnia dominante; Turkmenistán, un 70% de turcos y un 12% de rusos; en Uzbekistán habita un 11% de rusos y predominan los musulmanes (70%); Tayikistán es también musulmana (60%) con un 11% de rusos; y Kirgizia tiene un 22% de rusos. Los tártaros, alemanes y judíos son apátridas, si bien reivindican una tierra o territorio propio. Rusia y la CEI tendrán que afrontar, por tanto, conflictos interétnicos debido a peticiones de cambio de fronteras y recuperación de autonomías de pueblos deportados por Stalin; la CEI, y Rusia en particular, está necesitada de una entidad superétnica, basada más en el espacio geográfico que en la sangre, que compense este "puzzle" de razas.

Desde el final de la SGM, las poblaciones de origen europeo de la URSS decrecieron un tercio, mientras las asiáticas y transcaucásicas se duplicaron. A partir de 1959, se puso de manifiesto un descenso notable de la natalidad en las poblaciones eslavas y bálticas, y el incremento en las musulmanas, que se rejuvenecen y ven equilibrarse la proporción entre ambos sexos. Ha habido un aumento regular de los habitantes nacionales autóctonos y un descenso de los rusos en las repúblicas del sur. En las occidentales ha sucedido lo contrario. Por lo que respecta exclusivamente a los rusos, desciende alarmantemente el índice de natalidad (un 14%), aumenta el de mortalidad (un 16%) y disminuye la esperanza de vida, por lo que la población envejece rápidamente. En la primera década del siglo XXI, aproximadamente el 85% de la población de la CEI menor de 9 años será musulmana. Rusia es una muestra, en un mismo espacio geoestratégico, de lo que sucede cuando se compara el "mundo desarrollado" y el "tercer mundo".

Factor religioso

En Rusia, la religión predominante es la cristiana, concretamente el rito ortodoxo ruso; hay también musulmanes (5,5%), católicos (2%), protestantes, budistas y judíos. En cuanto a la CEI, en las repúblicas eslavas predomina la Iglesia Ortodoxa Rusa; en las transcaucásicas se mezcla el cristianismo de Armenia con el islamismo de Azerbaiyán; mientras que en las asiáticas el predominio corresponde a la religión musulmana. Hasta los años 80, hubo un intento de desislamizar la URSS, contra el que reaccionó una renovada corriente islamista que recibió influencias del exterior. Con la emergencia del sentimiento religioso islámico, esta influencia (y hasta inyección) externa se agudiza y supone, por tanto, un factor potencial de desestabilización.

Con la *perestroika*, un pueblo deseoso de encontrar apoyo espiritual tuvo, en el resurgimiento del sentimiento religioso, la base fundamental para recuperar la moral. Desde entonces, la Iglesia ortodoxa ha crecido sobremanera en influencia y recursos materiales, a pesar de que aún pesaba sobre ella la acusación de colaboracionismo, consecuencia de cierta connivencia con el régimen soviético ante la necesidad de luchar por la supervivencia (después de que Lenin tachara la religión de “el opio del pueblo”). La Iglesia Ortodoxa (junto con el ejército) es la verdadera depositaria de las tradiciones rusas. Además, el sentimiento religioso ruso, muy diferente del espíritu cristiano occidental, tiene un importante componente mesiánico: Moscú “tercera Roma” y Rusia portadora de la salvación para la humanidad. Otro elemento destacable en Rusia es la entrada del fundamentalismo islámico a través de las repúblicas periféricas de la CEI. Mientras el gobierno ruso no tenga claro cómo conseguir la cohabitación de cristianos ortodoxos y musulmanes, existirá peligro de desintegración en el país. En lo espiritual, la confrontación entre las dos tendencias básicas (ateísmo y religiosidad), ha llevado a una combinación de continuidad (nostalgia por la URSS) y discontinuidad (ruptura con el pasado).

Factor social

La crisis económica de los 80 disminuyó el beneficio que hasta entonces había supuesto pertenecer al partido comunista. Se optó por practicar la llamada “segunda economía”, en la que se obtenían ingresos muy superiores a los de un puesto medio-alto de la primera economía, después de muchos años de esfuerzos y pertenencia al PCUS. Evidentemente, el núcleo radical del partido comunista (los ideólogos) disfrutaba de un “status” de privilegio en consumo, vivienda, sueldo, etc., que les hacía propensos al inmovilismo. En 1990, las elites comunistas aceptaron la transformación del sistema.

Los análisis acerca de la movilidad social del régimen comunista han demostrado que el estrato de los dirigentes políticos, los altos burócratas gubernamentales y estatales y los directivos, no procedía de la clase trabajadora, como afirmaba la propaganda oficial; sólo en el segundo o tercer nivel de la burocracia había antiguos trabajadores manuales, y la mayoría perdían pronto su posición de privilegio. Con el cambio de sistema aumentaron las desigualdades y se consolidó la ley de hierro de la reproducción social: “los ricos no sólo siguieron siendo ricos sino que se hicieron más ricos, mientras que los pobres no sólo siguieron siendo pobres, sino que se hicieron más pobres”. Junto a un 7% de opulentos, existe hoy

en Rusia un 40% de pobres. Pero algunos elementos del esquema soviético aún perviven; el servicio de inteligencia soviético (el KGB), pese a haber cambiado de nombre, ha sido infiltrado en todas las organizaciones políticas, partidos y movimientos democráticos (el 70% de sus altos cargos son los mismos que antes de la llegada al poder de Yeltsin), por lo que sigue influyendo de manera efectiva en todos los procesos reformadores de Rusia.

La Rusia comunista no había logrado todavía la transición de la sociedad industrial (que garantiza el capital y la mano de obra, pero donde los obreros están poco formados) a la post-industrial (sociedades cada vez más descentralizadas, que dedican los beneficios a mejorar los métodos de producción, comunicación y servicios, basados en los avances tecnológicos y apoyados en la información y la investigación). Las rupturas revolucionarias y los procesos de transformación global, que se iniciaron en torno a la emblemática fecha de la caída del muro de Berlín, se hicieron en beneficio de unas clases sociales y sectores inexistentes en ese momento, porque esto se produce en un entorno: el socialismo, que no contaba con clases sociales bien definidas. Hoy, aún siguen configurándose dichos sectores y las nuevas jerarquías sociales que prefigurarán las nuevas clases dominantes del orden capitalista. Y en algo coinciden los analistas: una parte importante de la vieja "nomenklatura" ha pasado a formar parte de esas elites, lo cual significa que han sido capaces de beneficiarse de sus antiguos puestos de dirección, lo que es visto como una traición por el resto de la sociedad. Uno de los resultados más dramáticos de la situación ha sido la desaparición de la clase media, que tuvo y sigue desempeñando un papel fundamental en las sociedades democráticas.

En la Rusia actual, las mafias controlan actividades que afectan al 45 % del PIB y a 60 millones de personas. Son utilizadas por funcionarios y altos cargos políticos en cada una de las repúblicas. Realmente, se han convertido en estructuras de fuerza que, con frecuencia, sustituyen a los servicios de inteligencia y seguridad y hasta al ejército. El desprestigio y descenso del nivel de vida de los militares hizo que muchos abandonaran las instituciones por sueldos 2 ó 3 veces superiores. De esta forma, las mafias se poblaron de generales y oficiales. Al principio, fueron organizaciones legales para realizar servicios de seguridad en bancos y empresas, pero muchas degeneraron pronto hacia actividades "más lucrativas": comercio y tráfico de armas, extorsiones, protección de personas, créditos con intereses desmesurados, asesinatos y secuestros por encargo, narcotráfico, fraude financiero, blanqueo de dinero, sobornos, etc. La apertura

de fronteras propició también la aparición de mafias de carácter internacional con fines parecidos.

Los motivos del desánimo de los rusos, que agrava el fracaso de la reforma económica, se encuentran en hechos como la desintegración de la URSS como estado y la pérdida de su categoría de gran potencia, la caída de la importancia y prestigio de pueblo ruso y la desilusión que produjo el desinterés y la inapreciable ayuda económica que Occidente prestó al proceso. En el aspecto político, no hay ningún partido en la actualidad que conjugue el énfasis anticomunista con la orientación nacional y el patriotismo democrático. La sociedad busca formas de supervivencia en medio de una crisis de valores y visiones distintas del mundo. La gente necesita también creencias espirituales, mitos y símbolos; y en el caso ruso su antecesora, la Unión Soviética, los tenían muy fuertes; Rusia, agobiada actualmente por problemas de más importancia, no está en disposición de proporcionarlos.

Otro motivo de descontento social es la desaparición de los ahorros de la mayoría de las gentes del pueblo, debido a la fulgurante pérdida de valor del dinero, ocasionada por los fuertes niveles de inflación padecidos. Ante la escasez de oferta de bienes, y su rápido encarecimiento, la mayoría de la población tuvo que destinar casi todos sus recursos monetarios a la adquisición de bienes de consumo de baja renta. Mientras los ciudadanos que se lo pudieron permitir, aumentaron la adquisición de activos financieros y divisas para proteger sus ahorros, comprando bienes de importación o de renta alta, más diversificados y de mayor calidad, y accediendo también a servicios elitistas para el cuidado personal o el ocio. El principal signo de bienestar hoy en Rusia es el coche (en la escala de valores, el primer lugar lo ocupa el "Mercedes"). Lo grande es sinónimo de bueno; alguien dijo de España: "Es un buen país, pero no he visto ni un coche decente; ¿cómo pueden andar en coches tan pequeños?". La actitud del ruso hacia el dinero es sorprendente: lo gastan sin medida, siempre pagan en efectivo y jamás verifican sus cuentas; quieren tener de todo lo antes posible. Estos segmentos enriquecidos de población nos remiten a la burguesía europea de finales del siglo XIX.

Hay que tener en cuenta, además, la inquietud y preocupación que siembran en la sociedad los movimientos humanos originados por las minorías étnicas que vuelven a sus lugares de origen, los refugiados que huyen de los múltiples conflictos que tienen lugar en la CEI, la repatriación de las tropas de los países del antiguo PAV y otras repúblicas de la CEI y

las minorías rusas que tratan de encontrar sitio en la Federación Rusa. La sociedad, en general, no acepta de buen grado estos trasvases de población, por la carga que suponen para la sociedad donde se instalan.

En otro orden de cosas, alguien ha llegado a decir que el verdadero problema ruso es el medioambiental, por sus dificultades con las centrales nucleares, el agua fluvial contaminada, los residuos nucleares y químicos, la polución industrial, etc. En un mundo como el de hoy, el estado y la sociedad rusa han de adquirir la conciencia ecológica que la soviética nunca tuvo.

La crisis de la segunda mitad del año 1998, con los efectos de una fuerte devaluación del rublo (en los últimos nueve años ha perdido las 9/10 partes de su valor), en una sociedad con una economía en la que el 60% de los alimentos son importados (en Moscú llega al 90%), no ha producido un estallido social debido al proverbial estoicismo y capacidad de sufrimiento del pueblo ruso; la renta "per cápita" está por debajo de 3.000 dólares. La mortalidad infantil es el triple de la de los países desarrollados y la esperanza de vida, en cambio, es 10 años inferior; la protección social es pura ciencia ficción y los bienes de primera necesidad han desaparecido de los anaqueles de los comercios. La población no confía ni en los dirigentes ni en la clase política y la indiferencia hace que la sociedad asista hoy a la contienda electoral con escepticismo, pues piensa que la preocupación por los más desfavorecidos no es más que la tapadera para luchar por el aumento de sus privilegios. La Rusia de 1998 es una sociedad con gravísimas desigualdades sociales (económicas, de empleo, educación, sanidad, cultura, etc.). A cambio de evitar una desestabilización, el sistema está dominado por la oligarquía y se ha consolidado una burocracia cada vez más alejada del pueblo y muy corrupta. El personal cualificado ha ido escapando hacia Occidente (en particular los judíos y los científicos). Todo esto se traduce en una gran añoranza por el pasado en amplios sectores de la población; la gente no cree en nadie, y aún menos en el poder que, según las circunstancias, con una mano firma las leyes y con otra las incumple o cambia. Con todo, el gran error puede ser sustituir la lucha contra el totalitarismo por la lucha contra el propio estado. La solución está en despertar la memoria histórica y declarar y admitir que tanto Rusia como la URSS son sucesoras del Imperio Zarista.

Es evidente que, hace unos años, los rusos vivían mejor y no se encontraban atemorizados ante el futuro; la "guerra fría" ha durado lo suficiente como para evitar hacer comparaciones. Porque el problema no está sólo

en el terreno de los sentimientos; la realidad es que, al perder el Imperio, los rusos también perdieron un bien tangible, y no sólo en términos de extensión territorial. La corriente de esperanza la ofrece la pervivencia en el pueblo ruso de valores tradicionales: el estoicismo, la capacidad de sufrimiento y el sentimiento religioso.

Del repaso de lo analizado en este apartado se deducen numerosos elementos que pueden representar, a corto o largo plazo, y con mayor o menor probabilidad, una inestabilidad añadida a las de índole política, económica y militar. Y Occidente no puede quedarse al margen de las reformas negándose a ver alternativas, porque entonces los rusos las buscarán en su pasado.

CONSIDERACIONES FINALES

En el orden histórico-geográfico, las preguntas que quedan sin respuesta, entre otras, son: ¿Seguirá aceptando Rusia la solución dada a la Península de Crimea, un territorio que siempre fue ruso (conquistada a Turquía, de población mayoritariamente rusa, y que Kruschev, mediante un decreto arbitrario, cedió a Ucrania en 1954) y que supone la pérdida de puertos como el de Odessa y la renuncia, para siempre, a su salida al Mar Negro y, por tanto, al Mediterráneo y al Pacífico a través del Mar Rojo?. ¿Tolerará Rusia que las Repúblicas Bálticas vayan a quedar fuera de su órbita para siempre, asumiendo que la salida al Mar Báltico a través de ellas se cierre definitivamente?. ¿Superará la tentación de protegerse, renunciando así a situar de nuevo bajo su control al resto de las repúblicas independizadas después del derrumbe de la Unión Soviética?. Y si todas las respuestas a lo anterior fueran afirmativas, ¿donde estaría el límite?, es decir, ¿como afrontaría el problema de las demandas de segregación de los pueblos eslavos que, “casi desde siempre”, han dado forma física, entidad y carácter a esa entidad llamada Rusia?. Lo que es evidente es que el problema, como el territorio al que afecta, es de dimensiones gigantescas. Cada uno de los aspectos aquí apuntados supone otros tantos focos de inestabilidad para Rusia, la CEI y también para Europa. La tradicional expansión rusa corre el riesgo de repetir su tragedia histórica: ningún pueblo se ha sacrificado tanto por su seguridad y ha recibido de ello beneficios menos tangibles. Tanto el imperio zarista como el comunista cayeron material y espiritualmente agotados por querer ir “más allá”.

En el orden político, el comunismo está ideológicamente muerto, pero su "aparato" sigue en su sitio y trabaja. No basta con pasar página y apartar el tema para que éste deje de existir. En la mayoría de las repúblicas, de un 50 a un 80% de los viejos esquemas siguen existiendo o han reaparecido. Gorbachov no fue un malvado ni un tonto; no era un demócrata al estilo occidental, pero tenía decencia, aquello de lo que carecían sus predecesores (pues se negó a matar). Quizás su reforma fracasó debido a que el comunismo fuera, en sí mismo, irreformable. Las estructuras económicas se mostraron incompatibles con la economía de mercado. Los sucesos de 1991 recuerdan la revolución "democrática" de 1917, un golpe sin sangre que llevó al país al caos y la ruina total. La Rusia naciente es un estado sin fronteras definidas, sin leyes realmente vigentes que rijan su actividad, sin autoridades consolidadas y sin tradiciones. Los rusos han aceptado como mal menor el nuevo sistema político.

La situación actual de la CEI tiene carácter provisional y hay factores que propician el proceso de conversión hacia una federación (con una centralización razonable) o una confederación, a pesar de que muchas de las fronteras actuales van a ser recusadas por las repúblicas. No están claras todavía las consecuencias geopolíticas de la desintegración de la URSS. Parece que, a medio plazo, la tendencia a la desbandada prevalecerá sobre las tendencias de consolidación. Pero en la CEI son similares las dificultades por las que atraviesan las repúblicas que la integran y comunes sus componentes estratégicos. La Historia facilitaría la integración y existen ventajas para un desarrollo político, económico y social común. Parece claro que para anticipar la futura configuración, la CEI no debe apresurarse y tener paciencia al conformar órganos supranacionales. En este escenario surge la paradoja: mientras en las repúblicas de la antigua URSS se perciben movimientos de acercamiento, en la Federación Rusa los que hay son centrífugos, en demanda de mayor autonomía. Los internos podrían llevar, incluso, a la desintegración de la propia Rusia, de lo que Chechenia es un claro ejemplo. Pero la vasta herencia de la URSS es extremadamente difícil de eliminar y el alto nivel de interdependencia hace que los nuevos estados tiendan a ocupar un espacio económico común.

En la CEI existen una serie de posibles círculos de asociación. Primero, Rusia, Ucrania y Bielorrusia, todos ellos pueblos eslavos y, por tanto, con un futuro integrador común, junto con Kazajstán; se percibe en ellos la nostalgia de la URSS, el predominio de la cultura rusa y la mejora de la situación económica. En segundo lugar, las Repúblicas Transcaucásicas: Georgia, Azerbaiyán, Armenia y Moldavia, que forman un área común de

gran valor estratégico y económico. Y Asia Central: Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán; esta zona, de gran inestabilidad política, hace de muro de contención para Rusia, a la que aún necesitan, pues dependen de ella económica y militarmente; serán las que menos problemas presentarán en principio, debido a su pobreza y atraso, pero podrían derivar hacia espacios geopolíticos más acordes con su religión y cultura.

La situación económica en 1998 viene definida por la falta de acuerdo para definir una política económica. El 40% de la economía rusa es economía sumergida, capital que no tributa y conectado a poderes políticos y grupos mafiosos que no cumplen la reglamentación fiscal. Se mantiene el déficit presupuestario, los programas del estado se encuentran sin dotaciones, las empresas estatales en suspensión de pagos y los sueldos de los funcionarios sufren retrasos y el paro aumenta. Las dificultades para facilitar una rápida transición al capitalismo son enormes; las principales son la carencia de infraestructura económica y la dificultad para acceder a las nuevas tecnologías. Todo parecía indicar que Rusia había pasado ya el Rubicón en su camino hacia una economía de mercado, pero este año ha sido, sin duda, un año crucial. La lucha política ha llegado a extremos hasta ahora nunca alcanzados, poniendo en peligro los créditos económicos que, "in extemis", pueden ayudar a salir de la caótica situación actual. El único intento serio de poner orden en la economía rusa fue el plan de choque de Kiriyenko, cortado de raíz por el "zar de todas las Rusias". Chernomyrdin no aportaba nada nuevo y era un actor interesado. El aspecto de Yeltsin es, cada vez más, el de un patético zar destronado incapaz de impedir las maniobras de sus enemigos; un Presidente que hoy acepta y mañana denuncia el pacto cuatripartito, por lo que continúa el pulso entre las instituciones en el que nadie cede, y que no tiene más misterio que los temores de ambos: los unos a ser disueltos (la *Duma*), el otro a que los primeros inicien el proceso de su destitución. El poder en Rusia parece haber perdido el norte. Una de las últimas noticias es la destitución de Anatoli Chubais, la única figura que podía despertar cierta confianza en Occidente; fue el artífice del crédito de 22.000 millones de dólares concedido por el FMI.

La situación actual recuerda mucho a lo sucedido en Bulgaria, donde el grado de aguante de la población llegó al límite, con la consecuencia del asalto del Parlamento por parte de las turbas incontroladas, la expulsión de los comunistas y la imposición de un gobierno de reformistas que se sometió al plan de choque que fijó el FMI. Esto lo sabe toda la clase política rusa, así como el ejecutivo, de ahí que al final haya sido necesario apli-

car una política de consenso que fue lo que permitió nombrar a Primakov, evitando disolver el Parlamento y, por tanto, la inestabilidad que esto hubiera supuesto. El 13 de noviembre se enciende una nueva luz de alarma: las autoridades rusas reconocen que la población necesita urgentemente ayuda alimentaria para pasar el invierno, pues sólo hay reservas de cereales para un mes (se solicitan 88.000 toneladas de alimentos). La respuesta es casi inmediata y ya está decidida la ayuda humanitaria al pueblo ruso: la UE ha aprobado un crédito de 500 millones de dólares, EEUU otro de 600 millones y Japón un tercero cifrado en 800 millones de dólares, una vez admitidos por Rusia los controles solicitados para su distribución.

Del análisis efectuado se desprende que en Rusia existen varios tipos de crisis. Una crisis presidencial, que provoca un enfrentamiento entre el ejecutivo y el legislativo y que no es más que una lucha por el poder político. Una crisis de partidos, al no existir grupos políticos democráticamente consolidados y sí, en cambio, grupos de presión basados en intereses casi exclusivamente económicos, con connotaciones mafiosas y de prácticas corruptas. Una crisis de identidad, producida por la repentina desaparición de ideas y símbolos durante mucho tiempo ensalzados: la bandera roja, la hoz y el martillo, la patria socialista, etc. Y una crisis institucional. No obstante, se espera que Rusia pueda superar sus dificultades económicas a medio plazo, dados los inmensos recursos naturales del país y la capacidad de recuperación que en este siglo ha demostrado el sufrido pueblo ruso. En efecto, recuérdese que, como consecuencia de la Revolución de octubre de 1917, el PIB ruso se redujo a la séptima parte, y se recuperó en menos de una década. Igualmente, después de la SGM, fue capaz de renacer de sus cenizas sin ayuda del Plan Marshall, a pesar de haber perdido más de 20 millones de personas en edad laboral. Rusia está condenada a ser una gran potencia por su potencial geográfico, material y humano, y su inestabilidad, en tanto no llegue a conseguirlo, no favorece a nadie. Cuenta para ello, desde el punto de vista de su formación cultural y técnica, con la población mejor preparada del mundo. Pero mientras no se solucione el enfrentamiento Presidencia-Parlamento no puede haber estabilidad y, por tanto, las reformas, tanto políticas como económicas, no darán fruto. Rusia, además, necesita un poder fuerte e independiente que posibilite las reformas en el orden interno y adquiera capacidad para negociar con el Occidente. No hay duda de que, una vez que se den las condiciones objetivas, el líder que Rusia necesita aparecerá tarde o temprano.

La situación que está atravesando Rusia y la CEI parece la menos propicia para que cualquier acontecimiento sea predecible (y, mucho menos, controlable a priori). Pero un hecho es incontestable: debido al peso demográfico, económico y geográfico de Rusia, cuanto mayor sea su caos interno de más envergadura serán los problemas de sus vecinos. Si Rusia fracasa, exportará sus problemas... y también a su gente. Por eso Rusia necesita ayuda de Occidente y ésta no se puede detener en los apoyos a la microeconomía. Ahora el esfuerzo por salir de la crisis económica lo absorbe todo. Pero ¿que pasará cuando la situación se normalice o, lo que aún es peor, si esta normalidad en lo económico no llega a producirse?. ¿Qué ocurriría si las fuerzas de cohesión fueran tan débiles que a la desintegración de la URSS le siguiera la de Rusia y el nacimiento de varias unidades independientes menores como Tatarstán, Siberia o Yacutia?.

La capacidad nuclear rusa sigue intacta. Bajo determinados supuestos, Rusia estaría dispuesta a desplegar de nuevo los misiles nucleares tácticos, como es el caso de ampliación de la OTAN a alguna de las repúblicas de su "extranjero cercano". En último término, Rusia hace descansar en el recurso a las armas nucleares la solución al problema de su seguridad nacional, aunque su nueva doctrina renuncia al primer uso de esta fuerza. Por ello, las fuerzas estratégicas han venido gozando de prioridad en la asignación de recursos (aunque están limitados los destinados a I+D). Otro hipotético desafío para la estabilidad de Rusia es el medioambiental. En este último apartado, "Chernobil" es sólo la punta del iceberg. La salvación sólo puede venir del esfuerzo y entereza ante la adversidad del pueblo ruso.

Pero Occidente no estaba mejor dispuesto para encabezar la marcha hacia un sistema internacional sustancialmente nuevo, y no tenía establecidas prioridades en un mundo alterado por el colapso de la ideología comunista y la caída del coloso soviético. Aunque sólo hubiera sido por el peligro que representaba el control del arma nuclear, la visión de los líderes europeos y norteamericanos debería haber sido más cautelosa. Aún así, nunca es tarde: la actitud ante el hecho de la integridad territorial rusa y su "extranjero próximo" debe ser diferente, evitando que las relaciones con Occidente estén marcadas por la desconfianza mutua.

La situación social está presidida por una población que ha visto deteriorarse su calidad de vida en los últimos años, con problemas de paro, mendicidad y delincuencia, el empeoramiento de la salud pública (han surgido enfermedades erradicadas y han aparecido otras nuevas, como el

SIDA) y con la aparición de los “nuevos rusos”, que han sabido sacarle partido a la situación. La sociedad ha generado sus propios mecanismos de autodefensa: el índice de natalidad ha descendido por debajo del de fallecimientos y las familias rusas han simplificado sus necesidades, lo que ha supuesto un retorno a un tipo de economía pre-industrial.

Rusia se enfrenta, ¡otra vez!, a un futuro problemático por la aparición de diferencias esenciales, ocultas durante el período soviético, en el modo de vida de la gente, su manera de percibir el mundo, sus conceptos básicos y sus métodos para conseguir el éxito. La repetición, a gran escala, de un conflicto como el yugoslavo en el territorio de la antigua URSS sería el legado más temible que el sistema comunista podría dejar. Una Rusia fuerte y estable interesa al resto de los países del mundo. La posibilidad de reinstalación de una dictadura comunista de viejo cuño parece la hipótesis menos probable, a no ser que se produjese un desastre económico de gran calibre. ¿Serán los sucesos de finales de 1998 el comienzo de ese desastre y la causa de que esta perspectiva no se cumpla?

Como dice Michael Mandelbaum: “para los ojos de la eternidad, agosto de 1991 puede convertirse para el pueblo ruso en lo que fueron 1688 para el británico, 1776 para el norteamericano y 1789 para el francés”; aunque se olvida del más antiguo: lo que significó 1492 (el de la conquista de Granada) para los españoles.

BIBLIOGRAFÍA

- ACKERMAN, Galia. “¿Será Rusia una democracia?”. Rev. Política Exterior (1993).
- ADLER, Alexandre; GÓMEZ COTILLAS, Antonio. “La comunidad de estados independientes. Política y estrategia”. Boletín de Información CESEDEN núm. 245 (1996).
- ALEXEY, Pushkov. “La Comunidad de Estados Independientes sobrevive pese a las dificultades”. Rev. OTAN núm. 3/92 (1992).
- ALVIN Z., Rubinstein. “¿Nuevo orden mundial o victoria inútil?”. Boletín de Información CESEDEN núm. 226/92 (1992).
- ARBATOV, Alexei. “La agenda de seguridad Rusia y Estados Unidos”. Rev. Política Exterior núm. 54 (1996).
- ARBATOV, Georgi. “¿Una nueva guerra fría?”. Cuadernos del Este, núm. 15; Servi. Publicaciones Univ. Complutense (1995).
- ARENAS/BALLESTER/CALAMA/SORIANO/ROJAS/CASTILLA/BUDRIA/LOZANO/DURÁN/VALDÉS/PUEBLA. “Prospectivas sobre cambios políticos en la antigua URSS (Escuela de Estados Mayores Conjuntos-XXIV Curso”. Rev. CESEDEN, Monografías Jul/92 (1992).

- ARGUMOSA PILA, Jesús Rafael. *"El fin de un imperio"*. Rev. Ejército núm. 631/92 (1992).
- ARGUMOSA PILA, Jesús Rafael. *"Una arquitectura de seguridad Europea"*. Rev. Ejército núm. 621 (Oct/91) (1991).
- ARGUMOSA PILA, Jesús Rafael. *"Un nuevo orden mundial"*. Rev. Ejército núm. 624/92 (1992).
- AGUIRRE, Mariano. *"Occidente ante la cuestión rusa"*. Cuadernos del Este, núm. 15 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1995).
- ASPIZUA TURRIÓN, Jorge. *"El renacimiento de una nación: aspectos sociales y militares de los sucesos en Rusia"*. Cuadernos de Estrategia CESEDEN núm. 56 (1992).
- BAREBANOV, Igor y FEDORENKO, Natalia. *"Actividad exterior y economía sumergida"*. Cuadernos del Este, núm. 18 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).
- BARRENA, Juan Carlos. *"La guerra que no fue"*. Rev. Española de Defensa núm. 50, Abr/92 (1992).
- BARTHOLOMEW, Reginald. *"Esfuerzos de los EEUU por detener la proliferación de las armas nucleares en las anteriores Repúblicas Soviéticas"*. Boletín Información Exterior Ejército núm. 7/92 (1992).
- BERG, Eugene. *"La Russie, d'hier et d'aujourd'hui; la CEI"*. Defense Nationale núm. 12 (1995).
- BREDÍJINA, Liudmila. *"La cultura es un show"*. Cuadernos del Este, núm. 17; Servicio Publicaciones Univ. Complutense (1996).
- BRZEXINSKI, Zbigniew. *"La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN"*. Rev. Política Exterior núm. 43 (1995).
- CABRERA SANTAMARÍA, Antonio. *"Los nacionalismos en la antigua Unión Soviética"*. 50 Curso de EM del E.A. (1993).
- CANALES, Pedro. *"Rusia y Ucrania son miembros de la CEI"*. Rev. Española de Defensa núm. 51, May/92 (1992).
- CASTELLS, Manuel. *"Rusia, Año I: El presidente en su laberinto"*. Rev. Política Exterior núm. 28/92 (1992).
- CHAMORRO, Santiago. *"Las actuales relaciones Alemania-Rusia"*. Rev. Política Exterior núm. 54 (1996).
- DÁVILA, Damián y GARCÍA, Luis. *"LA EVOLUCIÓN DE LA POSTURA RUSA EN MATERIA DE POLÍTICA DE SEGURIDAD"*. Cuadernos del Este, núm. 15 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1995).
- DE BORDEJE Y MORENCOS, Fernando; FERNÁNDEZ BECEIRO, Luis; JAYME BIONDI. *"La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI"*. Cuadernos de Estrategia núm. 30 (1991).
- Douglas HURD. *"Rusia después del Referéndum"*. Rev. OTAN núm. 3, junio/93 (1993).

- DRA. ILANA KASS. *"Unión Soviética: Perderemos el Ejército"*. Boletín Información Exterior Ejército núm. 9/91 (1991).
- FACON, Isabelle. *"La conception russe du maintien de la paix"*. Defense Nationale núm. 2 (1996).
- FERNÁNDEZ DÍAZ, Andrés; GALINDO MARTÍN, Miguel Ángel; SEIVANE GARCÍA. *"Evolución y cambio de la economía del este europeo. Evaluación geoestratégica de los países del este"*. Cuadernos de Estrategia CESEDEN núm. 54 (1992).
- FERNÁNDEZ, Rafael y MALFEITO, Jorge. *"Las repúblicas europeas: la encrucijada de la reforma"*. Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995).
- FERNÁNDEZ RODAS, Álvaro. *"El Eurocaos"*. Rev. Aeronáutica y Astronáutica núm. 622 (1993).
- GAVRIIL POPOV. *"¿Que poder para Rusia?"*. Rev. Política Exterior núm. 27/92 (1992).
- GEORGE F. KENNAN. *"El comunismo en la historia de Rusia"*. Rev. Política Exterior, Vol. V (1991).
- GEZA JESZENSZKY. *"El frente oriental no está tranquilo"*. Rev. OTAN núm. 3/92 (1992).
- GIL MARTÍN, José Luis; GÓMEZ TALAVERA, Ángel; LÓPEZ MADELINE F. *"Las tensiones entre Rusia y Ucrania en relación con Crimea y la flota del Mar Negro"*. 53 Curso de EM del E.A. (1996).
- GIUSEPPE SACCO. *"La excepción Europea"*. Rev. Política Exterior núm. 25/92 (1992).
- GONZÁLEZ ENRÍQUEZ, Carmen. *"El regreso de los países excomunistas en Europa Centrooriental"*. Cuadernos del Este, núm. 18 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).
- GOWAN, Peter. *"La hegemonía acéfala en la Europa centro-oriental"*. Cuadernos del Este, núm. 15 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1995).
- GRAGERA TORRES, Pedro. *"La CEI presente y futuro"*. 52 Curso Ascenso a General del E.A. (1994).
- GREGORY F. TREVERTON. *"La nueva Europa"*. Rev. Política Exterior núm. 27/92 (1992).
- HERNANDO GUTIÉRREZ, Carlos J. *"Europa y el futuro de Rusia"*. 53 Curso de EM del E.A. (1996).
- HUBERT MORELLE. *"Les consequences strategiques de la disparition de l'URSS"*. Rev. Defense Nationale, Aout/Sept/92 (1992).
- ILVA PROTSENKO / Ruiz Rosa. *"Tablas en la partida de poderes en Rusia. La amenaza está en nuestras propias fronteras"*. Rev. Española de Defensa núm. 58/92 (1992).
- IVANOVA, Natalia. *"Las letras rusas tras el declive ideológico"*. Cuadernos del Este, núm. 17 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).

- IZQUIERDO NAVARRETE, José. *"Estrategia nuclear: Pasado, presente y futuro"*. Rev. Ejército núm. 618, Jul/91 (1991).
- J.C. OLIPHANT. *"1991: de la URSS a la CEI (Cronología de acontecimientos principales)"*. Bol. Info. CESEDEN núm. 227(1992).
- JIMÉNEZ RIOS, Miguel A. *"La economía de la URSS (el sistema económico)"*. Rev. Ejército núm. 625/92 (1992).
- JOHN ERICKSON. *"El Kremlin controla el arsenal nuclear Soviético"*. Rev. Española de Defensa núm. 45, Nov/91 (1991).
- JONATHAN R. ADELMAN. *"¿A donde va la antigua Unión Soviética?"*. Rev. Política Exterior núm. 25/92 (1992).
- JONATHAN R. ADELMAN. *"El desafío de Ucrania"*. Rev. Política Exterior núm. 24 (1992).
- KIENIEWICZ, Jan. *"La Rusia de los destinos inciertos"*. Rev. Política Exterior núm. 53 (1996).
- KIENIEWICZ, Jan. *"¿Hacia dónde va Rusia?"*. Rev. Política Exterior núm. 49 (1996).
- KRISHTANOVSKAYA, Olga. *"Estructuras ilegales, mafia y oligarquía financiera en rusia"*. Cuadernos del Este núm. 18 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).
- LACIS, Otto. *"Tres años de reformas en Rusia"*. Rev. Política Exterior núm. 45 (1995).
- LAZÉBNIKOVA, Olga. *"La política exterior de Rusia hacia Occidente"*. Cuadernos del Este, núm. 15 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense(1995).
- LÓPEZ JIMÉNEZ, José Ángel. *"El factor étnico en las elites políticas en Moldova"*. Cuadernos del Este, núm. 17 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense(1996).
- MANDELBAUM, Michael. *"Coupe de Grace: El fin de la Unión Soviética"*. Rev. Política Exterior núm. 27/92 (1992).
- MARTÍN PÉREZ, Miguel Ángel. *"Rusia: presente y futuro en Europa"*. 54 Curso de EM del E.A. (1997).
- MARTÍNEZ LÁINEZ, Fernando. *"Convulsión al Sur del Cáucaso"*. Rev. Española de Defensa núm. 57/92 (1992).
- MARTÍNEZ LÁINEZ, Fernando. *"Las reformas se abren paso"*. Rev. Española de Defensa núm. 51, May/92 (1992).
- MARTÍNEZ LÁINEZ, Fernando. *"La herencia de un imperio"*. Rev. Española de Defensa núm. 48, Feb/92 (1992).
- MOREAU DEFARGES, Philippe. *"Rusia, ¿Un estado como los demás?"*. Boletín de Inteligencia núm. 1 (1997).
- NATHALIE PILHES, HUBERT MORELLE, LE GERSS, LOUIS PILANDON: *"les changements a l'est, la perception des nouvelles menaces, la securite de l'URSS et les relations"*. Rev. Defense Nationale Decembre/91 (1991).

- OBRADOR SERRA, Francisco. "Probables configuraciones futuras del sistema europeo de seguridad (reflexiones)". Rev. Marina, Oct. 91 (1991).
- ORGETA, Andrés. "El control de armamentos en la seguridad europea". Rev. Española de Defensa núm. 55/92 (1992).
- ORTIZ, Román David; RUIZ FERNÁNDEZ, Rosa. "Carrera entre Bush y Yeltsin por el desarme". Rev. Española de Defensa núm. 48, Feb/92 (1992).
- ORTIZ, Román David. "Occidente debe negociar con KRAVCHUK (entrevista con el asesor del presidente de Ucrania)". Rev. Española de Defensa núm. 50, Abr/92 (1992).
- P. SHEVTSOV LEONTIY. "El futuro y la cooperación militar entre Rusia y la OTAN en Bosnia". Rev. OTAN núm. 2/97 (1997).
- PALACIOS CORONEL, Francisco Javier. "Perspectivas geopolíticas para Rusia: Atlantismo o Euroasiatismo". 51 Curso de EM del E.A. (1994).
- PALAZUELOS, Enrique. "Federación Rusa: autoritarismo y economía de bazar". Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995)
- PALAZUELOS, Enrique. "La CEI: un espacio económico desvinculado". Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995).
- PEÑAS MORA, Julián. "La incidencia de las Nacionalidades en las Fuerzas Armadas Soviéticas". Rev. Boletín Información CESEDEN núm. 223/91 (1991).
- PICK, Otto. "Garantías para Europa Oriental". Rev. OTAN núm. 2/92 (1992).
- POBRE, Carlos. "El sistema financiero de la Federación Rusa". Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995).
- PUMPIANSKAYA, Seda. "Los «nuevos rusos», ¿nuevos nuevos o nuevos viejos?". Cuadernos del Este, núm. 18 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).
- REMNICK, David. "¿Puede cambiar Rusia?". Rev. Política Exterior núm. 56 (1997).
- RODRÍGUEZ, Pedro. "Adiós a la paridad nuclear (reducción del arsenal nuclear URSS-USA)". Rev. Española de Defensa núm. 51, May/92 (1992).
- RIES, Tomas. "Russia's military inheritance". International Defense Review 3/1992 (1992).
- RUIZ FERNÁNDEZ, Rosa. "A vueltas con la ayuda (occidente ofrece ayuda económica a la disuelta URSS)". Rev. Española de Defensa núm. 48, Feb/92 (1992).
- RUIZ FERNÁNDEZ, Rosa. "Rusia, un país en crisis". Rev. Española de Defensa núm. 107 (1997).
- SÁIZ, J. Manuel. "Las repúblicas centroasiáticas: la profundización de los desequilibrios". Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995).

- SERGUEEV, Pavel. *"El negocio petrolero sumergido y la lucha por el poder en Rusia"*. Cuadernos del Este, núm. 18 del Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense (1996).
- SERRANO, Andrés S. *"Los flecos del Ejército Rojo"*. Rev. Española de Defensa núm. 49, Mar/92 (1992).
- SERRANO, Andrés S. *"Nace una potencia"*. Rev. Española de Defensa núm. 50, Abr/92 (1992).
- SERRANO, Andrés S. *"Reducciones unilaterales de fuerzas en el noroeste Asiático"*. Rev. Española de Defensa núm. 50, Abr/92.
- SERRANO, Andrés S. *"Yeltsin hizo saltar la URSS"*. Rev. Española de Defensa núm. 47, Ene/92 (1992).
- SUCH GALLARDO, Luis. *"Estudio estratégico del Cáucaso"*. 53 Curso de EM del E.A. (1996).
- TREVIÑO RUIZ, José M. *"Tres días de agosto y sus consecuencias geopolíticas"*. Rev. Ejército núm. 624/92 (1992).
- VALERO REBOLLO, Eduardo. *"El resurgir de los nacionalismos en la Unión Soviética"*. 47 Curso de EM del E.A. (1990).
- VARA, María Jesús. *"Países bálticos: ajuste sin crecimiento económico"*. Economías de Europa del Este. Diversidad de transiciones (Informe anual del Instituto de Europa Oriental) (1995).
- VOUGNY, Philippe. *"La communauté des états indépendants débats et conclusion"*. Defense Nationale núm. 3 (1996).
- VRONSKY, Alexiei. *"La transición en Rusia y la nueva Constitución"*. Rev. Política Exterior núm. 36 (1993).
- WALTER LAQUEUR. *"El retorno del nacionalismo ruso"*. Rev. Política Exterior núm. 31/93 (1993).